

BOLSILIBROS
BRUGUERA

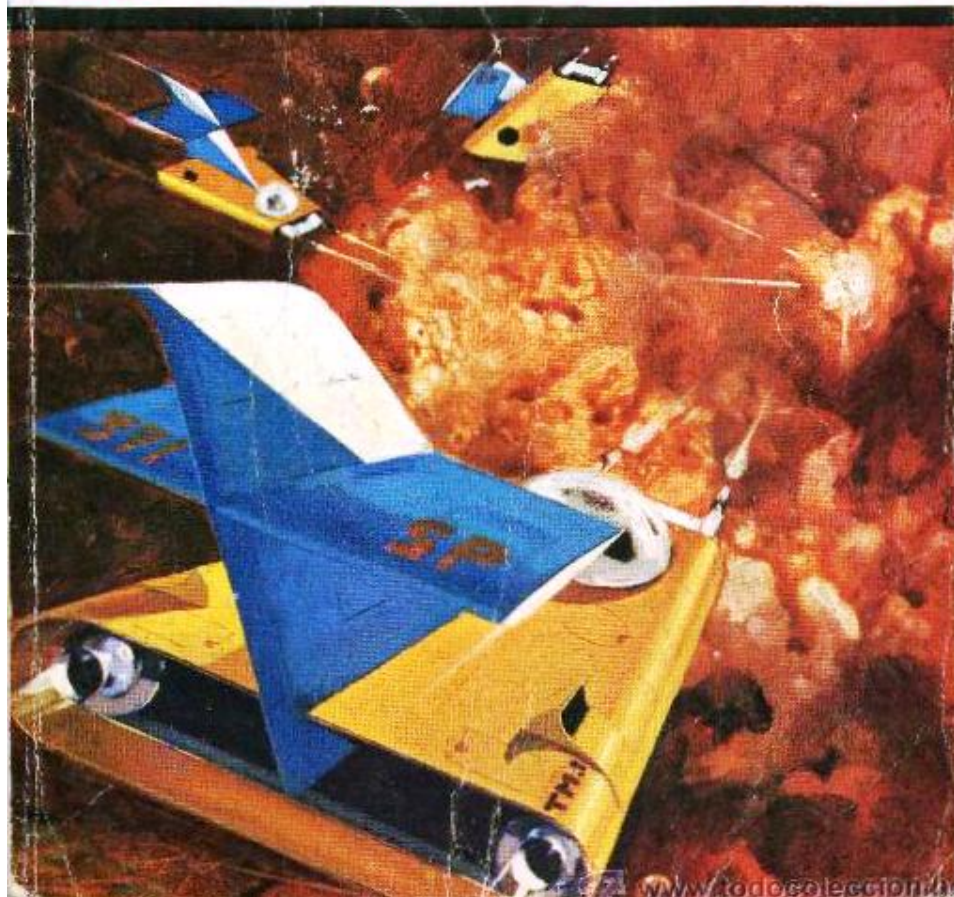
**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

LA NUBE DE LA MUERTE

j. chandley

CIENCIA FICCION



www.todocoleccion.net

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

J. CHANDLEY

La nube de la muerte

Colección
**LA CONQUISTA DEL
ESPACIO n.º 159**
Publicación semanal
Aparecen los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO

Depósito legal: B. 24.193-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: agosto, 1973

© **J. CHANDLEY - 1973**

texto

© **ALBERTO PUJOLAR - 1973**

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial
Bruguera S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades
privadas que aparecen en esta

novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

- 154 — El planeta de los hombres perdidos.
A. Thorkent.
- 155 — Gas neutro. — Marcus Sidereo.
- 156 — Peligro en el «Tierra-2». — J. Chandley.
- 157 — El uranida. — Peter Kapra.
- 158 — La guerra de las lunas. — A. Thorkent.

CAPITULO PRIMERO

La señal de alarma sonó inesperadamente y, acto seguido, estallidos por doquier.

Voces de mando, gritando:

—¡Cada cual a sus puestos...!

El confusionismo era enorme.

La ciudad, próxima al astródromo, estaba envuelta en llamas, y en el mismo astródromo comenzaban a producirse.

Toda clase de defensas apuntaban hacia el firmamento .

—¡Disparad, disparad...!

—Pero ¿adónde,..?

Era la pregunta que repetían, puesto que no sabían contra qué o contra quién tenían que hacerlo.

Sin embargo, los proyectiles que producían aquellos estragos procedían de alguna parte, puesto que las explosiones eran reales y, por doquier, se podían apreciar los desperfectos que originaban.

Los pilotos de aeronaves se aprestaban para llegar a sus máquinas.

Muy pocos lo consiguieron y, al elevarse, sucumbían con sus aparatos, antes de tomar altura, o estallaban en el aire con una llamarada, cuyo resplandor se apreciaba a través de las nubes.

El primer edificio que sufrió las consecuencias devastadoras fue donde estaba instalado el control y su correspondiente puesto de mando.

La coordinación de una defensa ordenada era más que imposible.

Cada uno hacía lo que podía, actuando por su cuenta, y disparaban...; sí, lo hacían, pero a ciegas, y sin saber contra qué.

Hubo un momento en que les pareció descubrir algo entre nubes.

Los esfuerzos de los pocos medios de defensa que quedaban, se centraron contra aquel punto...

Desesperadamente, no daban descanso a las piezas

y vomitaban un nutrido fuego continuamente de sus bocas.

Mas la acción demoledora proseguía, y allí, a aquel ritmo, no iba a quedar títere con cabeza.

El pavor fue cundiendo entre el personal, lo que hacía prever que la desbandada se iba a producir, de un momento a otro.

En efecto, no tardó en producirse, y todos corrían, queriendo huir de aquel infierno.

Los jefes y oficiales daban órdenes por doquier, pero no eran escuchados.

El terror se había adueñado de las huestes, y la única idea que les guiaba era salirse de aquella infernal zona para poder conservar sus vidas.

Los pocos jefes y oficiales que quedaban, a la deses-perada, se hicieron cargo de las defensas, ayudándose unos a otros para atajar aquel alud de destrucción.

Pero era imposible; por momentos, las defensas iban quedando en silencio, hasta que de lo que se consideraba un inexpugnable baluarte y flamante

astródromo, capaz de resistir cualquier ataque, sólo quedaban desolación y destrucción.

Las pérdidas eran cuantiosas, tanto humanas como materiales.

Cuando hicieron acto de presencia los refuerzos solicitados, allí ya no tuvieron nada que hacer, puesto que el ataque cesó tan bruscamente como se inició, y el daño producido era un triste hecho.

En posterior investigación, se comprobó que cierto material de hierro desaparecía, sin quedar rastro del mismo.

Se daba el caso de que grandes depósitos de chatarra quedaban reducidos casi a la nada, pero a esto no se le concedía la menor importancia, puesto que se achacaba a que había quedado todo consumido, a consecuencia de la gran potencia calorífica desarrollada por las explosiones.

* * *

La situación había llegado a un extremo harto delicado.

La autoridad competente así lo entendió y, de no poner término a estos desmanes, que periódicamente se iban produciendo, el pánico cundiría en el planeta Tierra.

Se convocó una Asamblea, con participación de los cinco continentes, con personal idóneo, capacitado para deliberar sobre el problema que se había suscitado.

Por más que se discutió, no se llegó a una conclusión que fuera de la satisfacción de todos los allí

reunidos.

En vista de que la polémica se prolongaba, sin llegar a una solución efectiva, el personaje más representativo de aquella Asamblea propuso que se encargara el asunto al general jefe de la Defensa del Planeta Tierra, George Decker.

Tras deliberar la propuesta, al fin, por unanimidad, dieron conformidad a la designación del caso a dicho general.

A consecuencia de ello, el general Decker, tras recibir el «encargo», como él decía, se hallaba reunido con sus más directos colaboradores para planificar el camino a seguir.

Todas las bases fueron alertadas, con la orden tajante de que transmitieran inmediatamente cualquier irregularidad, por insignificante que fuera.

El espacio aéreo, tanto terrestre como extraterrestre, era rigurosamente controlado sin que, al menos teóricamente, ningún vehículo espacial pudiera librarse de su correspondiente identificación.

Transcurrieron unos días en calma, lo que les hizo concebir que las medidas adoptadas estaban dando el fruto apetecido.

Pero sus esperanzas se desvanecieron cuando su nuevo astródromo sufrió las consecuencias de un ataque brutal, que le inutilizó por completo.

Las reclamaciones llovían sobre el general Decker, quien, abrumado, se las veía y deseaba para dar toda clase de explicaciones.

El capitán cosmonauta Albert Hegel se hallaba en el despacho del general, requerido por éste,

comprobando cómo su jefe se defendía del chaparrón que le venía encima y, en cuanto terminó, dio una orden tajante:

—Llame quien llame..., ¡no estoy para nadie...!

Y cortó la comunicación bruscamente.

Luego, reparando en la presencia del capitán, le manifestó: —Perdona, Albert, pero es que, escuchando toda esa sarta de sandeces, hay para volverse loco o mandarles a paseo para que me dejen en paz...

Hizo una pausa y, luego de pasarse la mano por los cabellos en forma brusca, señal evidente de su malhumor, prosiguió:

—Pero esto ya lo he hecho cuestión de amor propio. Son varios los muchachos que han sucumbido, y esto no puede quedar impune.

—Sí, señor.

—Hay que darles su merecido.

—Sí, señor.

—Si tuviera ante mí al responsable de todo esto, lo estrangulaba sin piedad alguna.

—Sí, señor.

—Por otra parte, soy más que imbécil por haber aceptado una decisión de imbéciles.

—Sí, señor...

—¿Qué...?

—Digo; no, señor.

—A ver si paras más cuenta con lo que dices, o me veré obligado a mandarte al cuerno... de la Luna.

—Sí, señor.

—¿Es que no sabes decir otra cosa?

Inquirió el general Decker, pasándose bruscamente

la mano por los cabellos, como quien aparta de sí una mosca. De ahí que entre los oficiales, cariñosamente, le tenían bautizado como el Espanta-Moscas.

Albert Hegel le conocía muy bien, y sabía que, tanto si se callaba o afirmaba, el general tendría que salir con una de las suyas mientras le durara su malhumor, aunque en este estado, afortunadamente, solía ser pasajero, y todos sabían de su gran corazón.

—Siéntate, Albert, y perdona que te haya constituido en el blanco de mis iras.

—No tiene importancia, señor.

Manifestó el capitán, sonriente, al tiempo que se acomodaba frente al general.

—Te he llamado para que, independientemente de las medidas tomadas, seas tú quien se encargue de este asunto. Yo ya me siento cansado.

—No diga eso, señor...

—Déjate de pamplinas. Los años no pasan sin que se tenga que pagar por ellos y, cuando te das cuenta, compruebas que la cotización es hartamente abusiva. Ya llegarás, ya..., si no te descalabras por esos mundos.

—Espero llegar, señor.

—Bueno, volvamos a lo nuestro. Aquí tienes todos los informes que me han entregado. Estúdialos detenidamente, y te concedo carta blanca para todo.

—Gracias, señor, por la confianza que ha depositado en mí.

—No tienes por qué dárme las, puesto que no vayas a figurarte que te voy a dejar dormir sobre los laureles. Has de terminar con este asunto, cuanto antes.

—Procuraré complacerle, pero...

—No hay peros que valgan. Así que, manos a la obra.

Albert Hegel se levantó, saludó militarmente, y salió del despacho del general, con la documentación que le había sido entregada.

Se dirigió al pabellón de oficiales, donde tenía emplazado su despacho, y se dispuso a examinar con detalle los legajos que le habían conferido.

Una vez enterado de su contenido, llamó, para que se reunieran con él, a los también capitanes, Jake Clark y Dick Fuller.

Estos dos últimos habían conseguido el ascenso hacía poco, y debían pasar al mando de su respectiva unidad, pero solicitaron, y se les concedió, seguir a las órdenes del capitán Albert Hegel, con quien iniciaron su carrera, y con el que estaban muy compenetrados.

Jake Clark fue el primero en llegar.

—¿Qué pasa, Albert?

—Casi nada. El general nos ha obsequiado con un «regalito». Toma y ves enterándote.

Jake cogió los papeles que le entregó su compañero, y fue a sentarse, mascullando entre dientes:

—¡Maldita sea...! ¿Es que el Espanta-Moscas no nos va a dejar tranquilos...? ¡Ahora que iba a dedicarme en cuerpo y alma a una deliciosa criatura llamada Mary...!

—¿Nueva adquisición? —inquirió, irónico, Albert.

—¡Ya estás con tus sandeces...! ¡Me revienta que hables con ese sentido comercial...!

—¿Acaso he dicho alguna barbaridad?

—Claro que sí. Lo has dicho de un modo como si hubieras comprado un objeto o un animal,

—Hombre, el haber dicho adquisición ha sido sin ánimo de ofender. Pero..., si analizas la cuestión, no deja de constituir una relación comercial.

—¿Por qué razón?

—Tú, estando en su compañía, ¿qué sacas?

—¡Toma...! Lo que pueda.

—¿Lo ves...? Adquieres miradas, palabras, caricias, compañía, placidez en tus ojos por contemplar algo bello, satisfacción...

En estos momentos, irrumpió en la estancia Dick Fuller, quien miró preventivamente a los dos para manifestar, a continuación, con cara de circunstancias:

—Malo... Esto me huele a «tomate»...

—Y no te equivocas en el guiso; a tomate, y de los gordos.

—Pero, Albert... ¿Es que no nos van a dejar tranquilos una temporadita...?

—Dick, órdenes ? son órdenes, y no hay más narices... que eso. Ya me entiendes, ¿no?

—¡Claro que te entiendo...! Como que en varias ocasiones me he preguntado por qué he sido tan idiota de quedarme con un par de majaderos, y no pedir el traslado a Saturno... Al menos, allí, plácidamente, daría vueltas y más vueltas a su anillo, sin complicaciones ni sobresaltos.

Albert, dirigiéndose á Jake, le preguntó:

—¿Has oído a éste...? ¿No sería mejor que te fueras con una saturnina...?

—¿Quién? ¿Dick...? No hay fémina que le soporte

una sola de sus miradas.—¡Ya salió el envidioso de Jake...! Claro, porque con una mirada mía quedan muertecitas.

—Naturalmente, ¡y tanto...! Como que se quedan de cuerpo presente, por el pánico que les infundes... ¿Cuánta comisión te has sacado estos días, de la funeraria, por proporcionarles exceso de clientela femenina?

—Mira, Jake, cierra la boca y no rebuznes, que me vas a romper los tímpanos, con tus estridencias...

Siempre estaban así, cuando las circunstancias se lo permitían.

Luego, Albert le indicó a Jake:

—En cuanto termines, le das esos papeles a Dick para que se entere.

—¿Estás seguro de que sabe leer...? Me temo que el pobrecillo no se va a enterar de nada.

Se adelantó Dick, antes de que pudiera decir algo Albert:

—Lo que me temo es que te los tragues. ¡Bocazas...!

La alusión a su no diminuta fauces, tuvo el poder de sacarle de quicio y, un libra jo que estaba al alcance de su mano, salió disparado hacia donde se encontraba Dick, quien, gracias a un ágil amago, evitó recibir toda la literatura en pleno rostro.

Albert se impuso a Jake y Dick, diciéndoles:

—Guardaros vuestras dialécticas y lanzamientos de proyectiles para mejor ocasión. Ahora, a trabajar un poco.

CAPITULO II

El capitán Albert Hegel, junto con Jake y Dick, estaban patrullando, con su astronave último modelo, un alarde de ciencia astronáutica, propicia para misiones especiales.

Había ordenado que, de los diversos astródromos, se mantuviera una vigilancia continua del espacio, por vehículos adscritos a cada uno de ellos.

Las comunicaciones debían estar centralizadas en la base de Riversun, el astródromo al que pertenecían Albert y sus compañeros.

El centro de control de esta base tenía establecida comunicación constante y directa con la astronave del capitán Hegel, por lo que podía estar al corriente de cualquier novedad, en el momento de producirse.

En aquel instante, captó un mensaje:

—¡Atención Riversun! ¡Atención Riversun...! Aquí patrulla AB-304, encargada vigilancia sector Oeste.

—Adelante AB-304. Riversun a la escucha.

—Interceptada llamada socorro. Situación: latitud, cuarenta grados, longitud, ciento veinte grados. Nos vamos hacia allá. Corto.

Jake y Dick también escucharon el mensaje, y Albert, tras unas anotaciones y cálculos, manifestó:

—Rumbo hacia Nevada.

La astronave enfiló la proa hacia donde el capitán la orientó, y partió, rauda, como una flecha.

—Es mucha la distancia que nos separa —manifestó Jake.

Albert le contestó:

—Lo sé, pero tenemos que hacer lo posibles por llegar, si queremos averiguar algo.

Los motores de la moderna máquina espacial funcionaban a pleno rendimiento, y el indicador de velocidades estaba llegando a su límite.

Volaban a un techo alto, puesto que la resistencia del i iré era menor y, por lo tanto, les permitía una velocidad de crucero óptima.

A medida que se aproximaban a la zona indicada, pudieron apreciar una densa cantidad de nubes tormentosas.

Dick manifestó, haciendo uso de la intercomunicación :

—Albert, el punto adonde nos encaminamos está afectado por una fuerte tormenta.

—No importa, Dick, con el sistema de navegación especial, lograremos llegar a nuestro destino.

—De todos modos, creo que sería prudente no aventurarnos en esa zona.

—Ya he dicho anteriormente que es preciso correr ese riesgo. Hay que averiguar algo.

Jake y Dick no replicaron. Sabían que cuando Albert tomaba una decisión era porque anteriormente había calculado todas sus posibilidades y, si se convencía de que era factible la realización de lo que se había propuesto, no había fuerza humana capaz de hacerle desistir.

Por ello, optaron por callar y no contradecirle.

Albert estableció la frecuencia para llamar directamente a la patrulla AB-304.

—¡Atención, atención...! Patrulla especial de

mando, llamando a AB-304. Conteste.

Esperó un ratito, sin que recibiera contestación. Repitió la llamada:

—Patrulla especial de mando, llamando a AB-304...

Al momento, se oyó:

—Aquí patrulla AB-304. A la escucha.

—¿Han dado con la nave que ha solicitado auxilio, por mensaje que han interceptado?

—Con esta zapatiesta, cualquiera la localiza. Estamos situados en pleno núcleo tormentoso.

—Pues recurra a los detectores. ¿Han captado algo en ellos?

—Ya lo hemos hecho, y hay momentos en que se ven dos puntos, en otros, uno solo, y en la mayor parte del tiempo, nada. Es para volverse locos; estamos dando bandadas como si navegáramos por un océano embravecido.

—Procuren mantener el contacto. Nos aproximamos en su ayuda. Mantengo comunicación, AB-304.

—De acuerdo, patrulla especial de mando. Será comunicada cualquier novedad.

La astronave del capitán Albert Hegel ya se había introducido en la zona tormentosa.

Allí existían vientos huracanados, lo que continuamente les obligaba a comprobar el rumbo, pues, aunque la navegación automática era la que gobernaba la astronave, Albert no descuidaba el control de los indicadores.

—{Atención, patrulla especial de mando...! Aquí

AB-304. Hemos localizado dos naves muy próximas entre sí, por lo que bien pudiera ser que una es prisionera de la otra. No contestan identificación.

—Patrulla AB-304, exijan urgente identificación; de lo contrario, actúen inmediatamente, obligando aterrizaje forzoso. Dentro de unos momentos, estaremos con ustedes,

—Conforme,

Albert tuvo que reducir la velocidad, puesto que, en pantalla, ya tenía localizados a los tres vehículos que componían la patrulla AB-304, y dos puntos más voluminosos, que debían corresponder a las astronaves; la que había solicitado auxilio y la otra.

Hizo uso del código interespacial, en demanda de la correspondiente identificación.

Un silencio absoluto fue la contestación a sus sucesivas llamadas.

Iba a comunicar de nuevo con la patrulla AB-304, cuando un intenso resplandor se apreció a través de las subes, y los dos puntos más voluminosos desaparecieron de la pantalla.

El capitán Albert Hegel y sus acompañantes temieron lo peor. El primero comunicó:

—Patrulla especial de mando a AB-304. ¿Pueden decir qué ha pasado?

—No lo sabemos. Lo más probable es que hayan chocado o han sido alcanzados por algún rayo.

—¿Los tienen localizados en pantalla?

—No, se han esfumado. Pero...

Se originó un silencio para continuar:—Acabo de ver una nave en directo,

—Yo también la tengo localizada, pero en pantalla, patrulla AB-304.

—Vamos a iniciar el ataque,

—Absténgase de hacerlo. Hay que obligarles a tomar! tierra.

—Han hecho caso omiso de los avisos dados.

—No importa. Si los destruimos, no nos servirán de nada.

—Las órdenes han sido...

—Patrulla AB-304, olvide las órdenes que le hayan dado. Bajo mi responsabilidad, rodeen la nave. Yo les cubro, desde más arriba.

—Como guste. Allá usted.

—Sitúen un vehículo a babor, otro a estribor y el tercero a popa de la astronave no identificada. Yo me sitúo encima de la misma.

La nubosidad era compacta, y hasta en la cabina retumbaba el fragor de la tormenta, y las chispas eléctricas les cegaban por momentos.

Los vehículos espaciales, a duras penas, tomaron las posiciones que Albert había ordenado, y, a cargo de él, la de más responsabilidad.

Cuando la tuvieron rodeada, Albert anunció:

—¡Atención, atención nave sin identificar...! Está completamente rodeada. Se le ordena siga rumbo cuarenta y cinco grados Este y en descenso. En el momento oportuno se le indicará el punto donde debe tomar tierra. Conteste recibo mensaje.

El más absoluto silencio.

Iba a repetir las órdenes, cuando comprobó que la nave misteriosa inició y fijó posteriormente el rumbo

qué momentos antes le indicara.

Albert había señalado aquella dirección para dejar la tormenta atrás, y poder vigilar la nave directamente, sin tener que recurrir a la pantalla.

Siguiendo la velocidad y dirección que llevaban, pronto alcanzarían los claros, y luego, el firmamento despejado en su totalidad.

Mas cuando todo hacía presagiar que se iba a llegar a feliz término, la nave misteriosa se fue esfumando del control a que estaba sometida por mediación de las pandas de rastreo.

Y llegó un momento en que desapareció por completo...

Albert preguntó:

—Jake y Dick, ¿se ha originado alguna avería en el sistema de rastreo?

Casi al unísono contestaron que no.

—Pues esto no puede ser... Una nave no se esfuma así como así...

Pero sus palabras quedaron desvirtuadas al poco rato.

—Patrulla AB-304, a patrulla especial de mando. La nave ha desaparecido de pantalla. La hemos perdido por completo.

—A nosotros nos ha pasado igual, y no es una aguja, caramba.

Irónicamente, el jefe de la patrulla AB-304 le contestó:

—Pues aun siendo un elefante, el hecho evidente es que se ha perdido todo contacto.

Albert se tragó la indirecta, y ordenó en tono seco:

—Mantengan la formación adoptada, e iniciemos un giro de trescientos sesenta grados. Hay que localizarla de nuevo.

—Lo que ordene, patrulla especial de mando. Efectuaron la maniobra, y de nuevo se adentraron hacia el núcleo tormentoso.

Los elementos parecieron molestarse por aquella intromisión en sus dominios y, por momentos, fue creciendo la furia del viento y el aparato eléctrico.

Albert no desistió de la búsqueda hasta que la prudencia le aconsejó alejarse de aquella zona, que se presentaba, por momentos, más peligrosa.

Por otra parte, ya llevaban muchas horas de vuelo, y los vehículos de la AB-304 tendrían que repostar para seguir manteniéndose en el aire. Malhumorado, preguntó;

—AB-304, ¿cómo andan de combustible? — Suficiente para regresar base.

—Abandonen búsqueda y regresen.

—A la orden, patrulla especial de mando.

La AB-304 fue tomando altura para salirse de la zona tormentosa y enfilar rumbo a su astródromo.

Albert todavía se mantuvo por allí, patrullando, por si descubría de nuevo la nave que, por arte de magia, se había esfumado.

—¿Qué os parece lo sucedido? —inquirió Albert,

—Es muy raro que haya escapado a nuestro control...

—contestó Jake.

—¿Y si ha estallado, como le ha sucedido a la otra?

—manifestó Dick.

—Hombre, hubiéramos visto algo. —No olvides, Jake, que la nubosidad era muy densa. ¿No opinas como yo, Albert?

—No creo que haya sucedido esto.

—¿Entonces...? —insistió Dick.

—Pues no lo sé... Lo más factible es que se hayan valido de algún método antimagnético o algo por el estilo. Es difícil de precisar.

Se produjo un silencio, y no por ello descuidaron la vigilancia, por si hallaban algún indicio de que la nave aquélla se hallaba por la zona que exploraban.

Pero por allí no aparecía ni la más leve señal de lo que estaban buscando.

Albert, visiblemente contrariado, hizo una inspiración profunda e indicó:

—Bueno... Como la cosa se está poniendo muy mal, Lo mejor será que regresemos a Riversun.

A lo que Dick comentó, como quien se agarra a una tabla salvadora:

—Sí, será lo mejor, puesto que la posibilidad de que nos parta un rayo, no es muy alegre, que digamos.

Jake le reconvino:

—Tú siempre con tus alegres ideas. Drácula te hubiera admitido como fiel colaborador.

—Puede, pero a ti te adscribiría como pensador oculto. Yo, al menos,, digo lo que siento.

De nuevo se enzarzaron con sus inofensivas indirectas, en las que Albert no tomó parte, por estar meditando sobre los acontecimientos desarrollados.

CAPITULO III

A la llegada al astródromo de Riversun, a Albert le esperaba una noticia.

Sólo tomaron tierra, le fue comunicado al capitán Albert Hegel se presentara ante el general George Decker, el jefe supremo de la base.

Mientras se dirigía a su alojamiento para despojarse de su equipo de vuelo, se hacía miles de conjeturas, sobre con qué le saldría ahora el Espanta-Moscas.

Se cambió de indumentaria, y se dispuso para enfrentarse con lo que fuere.

Jake y Dick le vieron hacer, con el más absoluto de los silencios.

Solamente al irse, le desearon:

—Suerte, Albert.

—No te exaltes ante lo que te pueda decir.

—Gracias a los dos. Procuraré mantenerme sereno.

Y se encaminó hacia el despacho de su jefe supremo.

Este le recibió con una amplia sonrisa, cosa que le extrañó. Le invitó, amable:

—Toma asiento, Albert.

El capitán, no saliendo de su asombro, maquinalmente, obedeció y esperó, impaciente, a que su superior tomara la palabra, y fuera directamente al quid de la cuestión.

Este no se hizo mucho de esperar, y comenzó:

—Te he llamado para ser yo quien te dé la noticia, antes que nadie, comandante Albert Hegel.

—¿Cómo dice, señor? Querrá decir capitán...

—No, no; he dicho bien. Comandante, con todas las letras. Hace poco que me han comunicado tu merecido ascenso y, repito, quería ser el primero en darte la noticia y felicitarte por tu nueva categoría.

Albert, todavía confuso, balbució:

—Gracias, señor... Yo...

—No vayas a decir tonterías; que no te lo mereces, toda esa sarta de sandeces. Te lo mereces desde el momento en que informé ampliamente sobre la propuesta de ascenso.

—Nuevamente gracias, señor.

—Nada de gracias. No hay mayor satisfacción para mí que la de que distingan a uno de mis muchachos. Mira si estaba seguro de que tu ascenso era un hecho, qué aquí tienes los distintivos. Quiero que los primeros que luzcas sean míos.

El nuevo comandante, altamente conmovido por la delicadeza, los tomó de su superior, y solamente pudo decir:

—Procuraré hacerme digno de tal distinción, señor.

El general, levantándose de su asiento, fue hacia el recién ascendido, que también se puso de pie.

—No pongo en duda tus palabras, comandante.

Y dándole un abrazo, ocultando su emoción, le manifestó, balbuceante:

—Mi enhorabuena, Albert.

—Gracias, señor.

Se palmotearon sendas espaldas, y luego, ocupando de nuevo cada cual su asiento, el general le expuso:

—Naturalmente, este hecho lleva consigo una

reestructuración en el cuadro de mandos. Por lo tanto, no podrás llevar contigo a tus inseparables capitanes Jake Clark y Dick Fuller...

—Sí, claro, lo comprendo... Pero como estamos metidos en una misión especial...

El general Decker esbozó una amplia sonrisa, antes de decirle:

—¡Demonio de muchacho...! No sé por qué, ya imaginaba que te las compondrías de forma que, de una manera o de otra, seguiríais juntos.

—Señor, hemos iniciado juntos este asunto...

—Y otros también, que, justo es reconocerlo, han sido coronados por el éxito.

—Así..., ¿podremos seguir igual, señor?

—Sí y no. Me explicaré...

El general hizo una pausa, durante la cual la impaciencia consumía a Albert, pero, paciente, esperó las palabras de su jefe, quien, a poco, continuó:

—El ascender de categoría, ya sabes que lleva inherente un mando de más envergadura... Lo que he pensado es que los capitanes Clark y Fuller sigan bajo tus órdenes, pero tripulando cada cual su nave o vehículo espacial. ¿Te parece bien la solución?

—Muy bien, señor, y agradecido por su deferencia.

—Nada de agradecimientos. En esto hay algo de egoísmo, puesto que, con ello, contaréis con un apoyo de más envergadura en lo referente al ataque o defensa y por lo tanto, con mayor probabilidades de salir bien, en cuantas misiones se os mande. Y..., a fin de cuentas, el que recoge los frutos soy yo...

Concluyó, riendo, el general,

Pero Albert sabía que sus últimas palabras no eran ciertas, que lo único que perseguía era la seguridad y éxito de sus muchachos,

—Yo, señor...

—No me vengas de nuevo con agradecimientos, Albert. Ya te he dicho que en ello media cierto egoísmo. Así que punto y aparte, y a otra cosa. ¿Has averiguado algo de nuevo?

—Lamento comunicarle que nada, señor.

—Pero ¿no había sido avistada la astronave ésa?

—Así fue, pero luego que la teníamos controlada, se esfumó en medio de la tormenta.

—¿Y cómo ha sido eso?

Albert le fue dando pormenores de aquel primer contacto, y la operación llevada a cabo conjuntamente con la patrulla AB-304, así como el deseo de éstos de iniciar un ataque, a lo que él se opuso.

Cuando terminó su relato, el general George Decker manifestó:

—Mira, me alegro de haber tomado la determinación de que Clark y Fuller tripulen cada uno su vehículo. Quizá si hubierais sido mayor número, a estas horas estaría en nuestro poder esa nave, y el asunto, concluido.

—Puede...

—Casi seguro. En cuanto a no autorizar el ataque, hiciste bien. Los muertos no nos sirven de nada. Todavía estuvieron departiendo un buen rato hasta que el general fue requerido para un asunto de urgencia.

Entonces, el nuevo comandante Albert Hegel se

despidió de su jefe, no sin antes decirle el general:

—Te mandaré más tarde tu credencial.

—Gracias, señor.

* * *

Jake Clark y Dick Fuller estaban esperando, con impaciencia, a que regresara Albert del despacho de su común jefe.

Albert Hegel, premeditadamente, se presentó ante ellos con cara seria.

Jake fue el primero en hablar:

—¡Malo...! Desembucha lo que llevas contigo.

Dick también se apresuró, preguntando:

—¿Qué te ha pasado con el Espanta-Moscas?

Albert no contestó en seguida y, con aspecto cansino, se dejó caer en un mullido asiento.

Jake insistió:

—Pero ¿qué pasa...? ¡Habla de una vez, hombre...!

—Pues pasa que nos han separado. Cada uno irá al mando de su máquina...

Los dos se quedaron petrificados, y fue Dick el que preguntó ahora:

—¿Y por qué eso?

—Pues..., al parecer, han habido protestas y un reajuste de mandos, por lo que han tomado esta determinación.

—Pero nosotros estamos metidos en una misión especial... —adujo Jake.

—Ya se lo he dicho, mas para poco ha valido. De ¿hora en adelante, cada cual a navegar por su cuenta,

bajo su propia responsabilidad.

Albert no se podía aguantar de risa, al ver la cara de circunstancias que ponían sus inseparables compañeros.

Quiso amargarles más el rato por el que estaban pasando, al añadir:

—Además..., estaréis bajo el mando de un nuevo co-mandante.

Dick no se pudo contener, y exclamó:

—¡Maldita sea...! Iré a presentar mi renuncia al Espanta-Moscas. No hay derecho a que luego de tanto tiempo juntos... Y además, como ha dicho Jake, estamos involucrados en una misión especial.

Jake tomó de nuevo la palabra, para lamentarse:

—Tan compenetrados que estábamos, y ahora vete a adivinar cómo será el cretino de comandante que nos haya tocado en suerte o en desgracia.

En estos momentos, un ordenanza llamó a la puerta, y fue el propio Dick quien abrió y le preguntó: —¿Qué pasa?

—Señor, de parte del general Decker, este sobre para si comandante Albert Hegel.

—Está bien. Yo se lo daré...

Y cuando hubo cerrado la puerta, se sacudió la cabeza una o dos veces, para luego exclamar: — ¡Qué...!

Miró el sobre, y puso una cara que era todo un poema. Jake, que le vio con aquella expresión, inquirió: —¿Qué te pasa, Dick, para poner esa cara de orangután?

—Jake..., ya conozco al cretino de comandante que

nos ha tocado en desgracia...

Y con el índice, en forma machacona, señalaba a Albert que, regocijado, estaba contemplando a ambos.

Una exclamación se escapó de Jake:

—¡No...!

Acto seguido, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo, arremetieron contra el nuevo comandante, propinándole un vapuleo amistoso.

Albert les gritaba:

—¡Quietos ya...! Os llevaré ante un consejo de guerra, por maltratar a un superior...

—A una sabandija de comandante como tú, no le van a hacer el menor caso, puesto que nosotros aduciremos deliberada ocultación de personalidad por tu parte y quebranto de amistad. ¿Verdad, Dick?

—Claro que sí, Jake. Además, violación de compañerismo...

Pararon en sus zarandeos, y Jake, muy serio, le dijo:

—Dick..., esto último que has dicho, no lo vuelvas a repetir. Puede dar lugar a equívocos...

Y los tres soltaron la carcajada, a mandíbula batiente.

Cuando se calmaron, le preguntaron:

—Bueno, comandante. ¿Qué ha pasado?

—Eso; cuenta, cuenta desde el principio.

Albert, por encima, no tuvo más remedio que contarles la entrevista con el general, concluyendo:

—Así que ya lo sabéis todo. De ahora en adelante, iremos los tres juntos, pero cada uno con su astronave. Por ahora, todos tripularemos las del mismo tipo, y sin

personal auxiliar.

—No está mal, ¿verdad, Dick?

—Desde luego, Jake. Albert continuó:

—De este modo, podremos contar con un efectivo superior, en casos de ataque, movimientos envolventes, etcétera, etcétera.

—Claro que sí. Todo esto está muy bien, pero no te libras, Albert, de que celebremos tu ascenso y, por descontado, todo correrá a tu cuenta. Así que, Jake, afila tu demoledora dentadura, y disponte a dar buena cuenta del banquete conque nos va a obsequiar nuestro flamante comandante.

—Muy bien dicho, Dick. Por una vez, tu cerebro ha Sancionado a pleno rendimiento. Así que en marcha hacia el club.

Albert se les quedó mirando, para luego manifestarles :

—Lo siento, muchachos, pero tenéis que haceros cargo de vuestros vehículos, y practicar un poco para que les dé el visto bueno.

Jake y Dick se quedaron desilusionados, ante las palabras de su jefe inmediato.

—¿Te das cuenta, Dick, de que no iba desencaminado, al calificar de cretino al comandante desconocido...?

Pues además de esto, añádele que es un tacaño.

—Tienes toda la razón del mundo; digo, de los mundos. ¡La de desilusiones que se lleva uno...!

Albert les contempló de nuevo, y expuso:

—Desde luego, lo que más me encanta de vosotros es el desinterés tan aplastante del que hacéis «gula»...

—Querrás decir gala, comandante.

Le rectificó Jake, quien puso la boca hueca, al nombrar su categoría.

—He dicho bien, capitán bocazas. Gula, por no pensar más que en tragar y tragar. Pues adelante, a ver si reventáis de una vez.

—Eso ya es ponerse en razón, y te perdono lo de bocazas.

—Como siempre, Jake, tú, tan magnánimo...

—Yo soy así, y más, con los comandantes de nueva hornada.

Dick, que permanecía callado, manifestó, ahora con toda intención:

—¡Uf...! Esto me huele a inmundo «peloteo»...

—Después de que, gracias a mi insistencia, vas a comer una vez en tu vida, ¿son éstos los pagos...? Desde luego, Dick, que eres muy desagradecido...

Albert les cortó:

—Basta de palabrerías, comadreja, y a deglutir se ha dicho.

CAPITULO IV

Luego de haber deglutido, como señaló Albert, Jake propuso, eufórico:

—Y ahora, como complemento, podríamos darnos «un vuelo rasante» por la sala contigua para ver si descubrimos a alguna linda, que alegre nuestros corazones. ¿Os parece bien?

—De acuerdo, vamos allá.

Penetraron en aquella sala, muy concurrida por

parejas y grupos de ambos sexos, que procuraban pasarlo lo mejor posible.

Iban a sentarse, cuando Jake exclamó: —¡Eh...! Ya tenemos compañía. Venid conmigo. Le siguieron. En un rincón discreto habían tres muchachas, y Jake, muy jovial, sujetó el hombro a una de ellas, manifestándole: —¡Te pillé, mujer infiel...!

La rubia a quien fueron dirigidas estas palabras, se vio asustada:

—¡Oh...! ¿Eres tú, pajarito? Yo te creía volando...

—Y te dijiste: como él está en las nubes, yo me aprovecho y a divertirme se ha dicho...

—Si me hubieras avisado, pajarito...

—¡No me llames pajarito, Mary, © te rompo el pico!

—¡Qué más quisieras...! Sadie, Kate, éste es mi pajarito Jake.

Las dos muchachas aludidas le sonrieron, a guisa de saludo y, acto seguido, Jake presentó:

—Mis compañeros, Albert y Dick.

—¿También pajaritos? —inquirió Mary.

—Sí, también pajaritos.

Confirmó Jake, entre dientes, a tiempo que tomaban asiento entre ellas.

Mary tomó de nuevo la palabra, dirigiéndose a sus amigas:

—¡Chicas...! Extremad vuestro cuidado. Son gente de mucho vuelo...

Celebraron la ocurrencia y, como iniciaron un bailable, Jake se llevó a Mary, Dick a Kate, y en la mesa se quedaron Albert y Sadie.

Albert estuvo contemplando a Sadie y, al cabo de un rato, le manifestó:

—Seguramente, te estarás preguntando por qué no te he invitado a bailar.

—Pues..., te confesaré que no ha dejado de extrañarme. Creo que no estoy mal del todo, ¿no...? —concluyó picaresca. —Desde luego que no, sin lugar a dudas.

—¿Entonces...?

—Tengo ciertas ideas particulares sobre el baile.

—¡Ah...! ¿Y pueden saberse, si no constituyen un secreto de estado?

Albert pasó por alto el matiz de ironía que presidió sus palabras, y contestó:

—Lo conceptúo como un abrazo encubierto, una irrupción en la intimidad de un ser, un..., un fisgonear brusco en una persona, que en ocasiones resulta agradable, y en otras, de un desastre subido.

—Parece que quiero captar el sentido de tus palabras pero no del todo.

—En mi época de escolar, me inculcaron que la teoría llevada a la práctica, es el medio más eficaz para asimilar las enseñanzas. De modo que lo mejor será que bailemos.

—¡No, no...! Por mí, no te sacrifiques.

—¿Quieres que te regale los oídos?

—Ni mucho menos.

—Entonces..., ¿aceptas bailar?

—Bueno, si no queda otro remedio para comprender tus teorías...

—Es indispensable.

—Pues vayamos a la práctica, como has dicho.

El comandante Albert Hegel se quedó maravillado cuando Sadie se puso de pie.

La muchacha era alta, guardando unas proporciones las que más armonía no se podía pedir, y capaz de enloquecer al más exigente.

Sí, el comandante se llevó una grata sorpresa, y pensó que sus teorías estaban en trance de naufragio.

Además del tipo, le acompañaba aquella cara, de facciones maravillosas, sus ojos negros, muy expresivos, y sonrisa, que, cuando la prodigaba, hacía pensar en la dulzura de sus labios.

Llegaron adonde estaban danzando las demás parejas, ¡y Albert la enlazó con delicadeza.

En silencio, dieron los primeros pasos, y él notó que la muchacha se dejaba llevar, con sentido del ritmo.

Sin darse cuenta, la fue atrayendo más, comprobando que su proximidad resultaba muy de su agrado,

Albert le preguntó: —¿Qué tal te sientes?

—¿Yo...? Pues muy bien.

—¿Ves...? Esto es uno de los absurdos de la danza.

Hace un momento éramos completamente desconocidos, ahora nos encontramos abrazados los dos.

—Es un hecho normal. No vamos a bailar cada uno por una parte.

—Desde luego. Pero ahora imagina que yo te hubiera visto fuera de aquí y, por el mero hecho de gustarme, te abrazo. ¿Qué hubiera pasado entonces?

—Pues lo más probable es que hubieran quedado marcados mis cinco dedos en tu cara.

—En cambio, ahora, tan tranquila, dejas que te abrace.

—No es lo mismo abrazar que enlazar.

—De una manera o de otra, para los efectos es lo mismo. ¿O acaso no...?

—Sí y no, depende bajo el punto de vista que se analice la cuestión.

Albert sospechó que aquella muchacha era tenaz, y no habría forma de convencerla, por lo que consideró que intentarlo sería perder el tiempo tontamente.

Así que optó por no seguir en el tema, y ser más positivo.

Atrajo más a Sadie, y llegó un momento en que sus mejillas se rozaron, mas la joven no hizo nada por evitarlo.

Se dijo que la cosa iba bien y, con disimulo, la fue llevando hacia la puerta que daba acceso a un jardín y, sin dejar de bailar, salieron primero a la terraza.

Al llegar allí, se paró, la miró a los ojos, y le preguntó:

—¿Qué te parece si damos un paseo? El tener tanta gente a mi alrededor me agobia.

—De acuerdo. Aquí el ambiente está más despejado.

Comenzaron a caminar por los senderos, y Albert la cogió del brazo como la cosa más natural.

Sadie le miró, risueña, como preguntándose adonde iría a parar todo ello.

La contestación a su pregunta no se hizo esperar, al llegar a un lugar, a cubierto de posibles inoportunos.

Albert se detuvo, la cogió por ambos hombros y,

mirándola fijamente, le manifestó abiertamente:

—Sin lugar a dudas, me agradas; ya la creo que me gustas.

Se inclinó y, sin que ella pudiera sospecharlo, la abrazó con frenesí y besó aquellos labios que, desde el primer momento, le llamaron tanto la atención.

Luego, ella se fue separando y, cuando pudo hablar, entrecortadamente, le preguntó:

—¿Eres siempre tan expedito, en la práctica?

—En parte, sí.

—¿Y qué consigues con esto?

—El llegar a una conclusión definitiva.

—¿Se puede saber de qué conclusión se trata? —
Naturalmente, que resultas de mi agrado.

—¿Por qué?

—¡Toma...! Por ser bonita, por agradarme tu compañía...

—¿Y nada más?

—¿Qué más tenía que haber?

—No sé. Tú sabrás. . ,

Albert la cogió de nuevo por los hombros y, en esta ocasión, ella le advirtió:

—Te estás exponiendo a que te marque los dedos. No olvides que no estamos danzando, y esto sí que es un abrazo, con todas las de la ley.

—Anteriormente, lo has consentido.

—A medias. Me has cogido un poco a traición.

—¿Y el beso? —Bueno..., eso...

Se apartó de él y, riendo, picaresca, concluyó:

—Quería saber cómo eras en la «práctica»...

Albert se amoscó un poco, y así se lo manifestó :

No sé por qué, pero me da la impresión de que hay mucha guasa en eso de la práctica.

—Pudiera ser... -

El comandante, casi con rabia, la atrajo, le rodeó la cintura, y sus labios los pegó materialmente a los de ella, en un prolongado beso.

La joven, al principio, se resistió, para luego ir cediendo, y, por último, entregarse totalmente a la caricia.

El tener aquella criatura en sus brazos, el notar la tibieza de su escultural cuerpo, el conocer la dulzura de sus besos, el descubrir la finura de su piel, todo ello contribuyó a enervar más a Albert.

Parecía que todo iba a resultar fácil, cuando ella, con marcada ironía, le preguntó:

—¿Y qué me dices ahora de tus teorías...?

Albert se quedó como si le hubieran echado un jarro de agua fría, pero, reponiéndose, le contestó:

—Bueno, el rectificar es de sabios.

—¡Ya, ya,...! Una sabiduría muy barata, en esta ocasión.

—Ahora, el que no termina de comprender soy yo.

—Pues es muy fácil, comandante. La eterna cuestión.

—¿A qué cuestión te refieres?

—A la de siempre. Pasar un momento bien, y luego, si te he visto no me acuerdo.

—¡Ah, vamos...! Pero ¿tú has creído que yo...?

—Mary me advirtió que sois personajes de mucho vuelo, y lo que es tú, no te has andado por las ramas..., pajarito.

—Pues tú..., no te has quedado a la zaga, pajarita.

—¡Psé...! Se hace lo que se puede. La vida dicen que es una experiencia continua, y a más experiencia...

—¡Oh...! ¿Pensadora y todo?

—¿Acaso crees que la cabeza únicamente la tengo para adorno?

—Líbreme el cielo de pensar semejante cosa. Pero lo que sí te puedo decir es que, como complemento de lo demás, resulta un adorno precioso.

—¿Insinúas que me decapite para quedarte con...¿ lo demás?

—Ni mucho menos, toda enterita formas un conjunto muy bello, digo más, fascinante.

—Desde luego que, como adulator, no habrá quién te gane.

—Influencias de las alturas. Allí arriba se está más cerca de los ángeles y, cuando se descubre a uno en la tierra...

A Sadie le llegaron muy hondo las palabras del comandante y, para disimular su turbación, manifestó, guasona:

—Pues, hijo, tendrás que seguir por las alturas, porque por aquí abajo, de ángeles ni hablar.

Ambos rieron sus palabras, e iniciaron de nuevo el paseo por aquellos senderos.

Era evidente que entre ambos había nacido una mutua simpatía y, sin ellos sospecharlo, cuando se despidieron, parecía que ya eran viejos amigos.

CAPITULO V

No tuvieron tiempo de cambiar impresiones sobre

cómo les había ido con las muchachas, puesto que nada más llegar a la base, el centro de control de la misma comunicó:

—¡Atención, atención...! Alarma general. Nave no identificada captada en sector. ¡Todos a sus puestos!

El comandante Albert Hegel se fue corriendo a su hangar para subir a su astronave, que en todo momento estaba a punto.

Allí se encontró con la sorpresa de que los capitanes Clark y Fuller ya ocupaban las suyas.

Albert terminó de colocarse su equipo de vuelo, y se puso en contacto con el centro de control:

—Comandante Hegel, de la patrulla especial de mando, solicita autorización para despegar.

—Concedido permiso. Adelante, patrulla especial de mando.

Acto seguido, estableció comunicación que Jake y Dick, anunciándoles:

—Listos para despegar. Seguidme, si es que os acordáis de volar.

—Allá vamos.

Contestaron ambos, casi al unísono.

Rápidamente, salieron del hangar y, una vez a campo descubierto, se elevaron como tres cohetes, en forma vertical y vertiginosa, las tres naves que componían la patrulla especial de mando.

En unos segundos, la altura que habían conseguido era considerable.

El comandante Hegel no quitaba ojo a la pantalla de rastreo, sin que allí, por el momento, se viera algo digno de mención. Llamó a sus compañeros:

—Dick y Jake, ¿veis algo?

—Por ahora, yo no veo nada.

—Yo, tampoco.

—Está bien. Voy a llamar a Riversun. No os descuidéis. Sin esperar contestación de ellos, comunicó:

—Patrulla especial de mando, a Riversun.

—Aquí Riversun. Adelante.

—No se descubre nada por aquí arriba. ¿Tienen noticias? —Un momento, patrulla especial. Conecto mensaje.

—A la escucha.

Acto seguido, captó, a través de los auriculares incorporados en el casco

—Aquí base Rok. Rastreada nave sin identificar, dirección Oeste.

Albert Hegel, entonces, preguntó, casi airado:

—Base Rok, ¿qué hace patrulla de vigilancia?

—Tiene controlada la nave, pero no puede darle alcance. Navega a velocidad muy superior.

—Que mantengan contacto con ella, mientras puedan. Patrulla especial de mando va hacia allá. Que den situación.

Comunicaron los datos pedidos por el comandante y, al poco rato, Albert, seguido de Jake y de Dick partían, raudos, en aquella dirección.

No tardaron mucho tiempo en captar en sus pantallas a los tres vehículos que formaban la patrulla de vigilancia, en aquella zona.

El comandante Albert Hegel observó que las condiciones meteorológicas no se presentaban muy

buenas en aquella región.

Esperó un poco más, y llamó:

—Patrulla especial de mando, a patrulla vigilancia.

—Patrulla vigilancia L-222. A la escucha.

—¿Tienen controlada la nave?

—Sí, ha disminuido velocidad, y nos aproximamos a ella.

—Procuren no perderla.

—Eso intentamos.

En la posición que estaban Albert y sus compañeros, iniciaron un picado, lo que les permitió, a los pocos segundos, atravesar la capa de nubes y volar por debajo de éstas, viendo directamente a la patrulla de vigilancia y, más lejos, una gran astronave.

Albert comunicó:

—Patrulla L-222, vamos a adelantarnos para cortar la retirada a la astronave. Cuando lleguen a las inmediaciones, procuren rodearla.

—Así lo haremos.

Los tres vehículos espaciales partieron como una exhalación hacia donde se veía la astronave.

Muy pronto dejaron atrás a los vehículos que componían la denominada L-222, cuyos pilotos miraron con envidia la potencia de aquéllas máquinas.

La densidad de las nubes se acentuaba por momentos, por lo que, en muchos instantes, la visibilidad era nula, teniendo que valerse de la pantalla como único medio que les denunciaba la posición de lo que estaban tratando de interceptar.

Una vez llegaron a sus inmediaciones, el comandante ordenó:

—Vamos a efectuar una pasa de aproximación. No os acerquéis mucho. Seguidme en la maniobra.

Así lo hicieron, a tiempo que Albert pedía:

—¡Atención nave sin identificar...! ¡Atención nave sin identificar! Reduzca velocidad, gire veinte grados Este y en descenso. ¡Conteste!

Un silencio absoluto a lo que había pedido,

Sin embargo, obedeció a lo que se había indicado en cuanto a la reducción de velocidad, giro y descenso.

Esto permitió que la patrulla de vigilancia L-222 estuviera ya en las inmediaciones de la nave misteriosa.

Albert les ordenó:

—Dispónganse a rodearla a su misma altura. Nosotros nos ocupamos de la parte de arriba.

—De acuerdo.

Iniciaron la maniobra, y entonces la nave misteriosa fue desapareciendo, adentrándose en un núcleo de nubes.

Pero en las pantallas seguía controlada, por lo que los de la patrulla L-222 se adentraron en aquella masa de nubes.

Al poco rato, tres resplandores y tres explosiones se produjeron inmediatamente, siendo captadas en las cabinas de los vehículos que componían la patrulla especial de mando.

Albert llamó inmediatamente:

—¡Patrulla L-222! ¿Qué ha pasado?

En vista de que no contestaban, llamó de nuevo:

—¡L-222! ¿Qué ha ocurrido?

El más absoluto silencio a su llamada. La repitió

dos veces consecutivas, y con idéntico resultado.

Y la patrulla seguía denunciando la presencia de aquella astronave, a corta distancia.

Iba a dar la orden de que se aproximaran, cuando la pantalla quedó en blanco.

Albert preguntó a sus compañeros si la habían perdido, confirmándole éstos que también se les había esfumado.

—Esto no puede ser. Es la segunda vez que nos ocurre, aunque ahora con consecuencias más graves.

Dick preguntó:

—¿Crees que la patrulla L-222 haya sido eliminada?

—Sin lugar a dudas. Habréis visto, como yo, los resplandores, y captado las explosiones.

—Sí, claro...

A Albert se le ocurrió:

—Sigamos volando en círculo, con desplazamientos sucesivos hacia el Oeste, que es donde se prolonga la tormenta.

Así lo hicieron, pero por allí no se descubría nada de lo que estaban buscando.

Estaban sobrevolando una región muy abrupta, y la tónica imperante era gran cantidad de nubes bajas.

Llamó la atención del comandante el descubrir, por uno de los claros pasajeros, unos vehículos pesados, terrestres.

—Jake y Dick, permaneced a esta altura volando circularmente. Voy a descender. Me ha parecido ver algo.

—De acuerdo. Aquí te esperamos.

El comandante de la patrulla especial de mando, maniobró de forma que fue descendiendo paulatinamente.

La visibilidad era nula y, a esta dificultad, se añadía las ráfagas de viento que, en determinados momentos, tenían la característica del huracán.

No obstante, ayudado de los aparatos de navegación sin visibilidad, Albert proseguía en su propósito.

Quería aclarar si lo que había visto era verdad, e investigar, en caso afirmativo, la presencia de aquellos vehículos en región tan poco hospitalaria.

Esporádicamente, entre las nubes bajas, emergían algunos riscos, por lo que tenía que ir con mucho cuidado.

Redujo la velocidad al mínimo y, conectando los impulsores, verticales, había momentos que su posición era estática.

Se adentró por una garganta. El viento acanalado le hacía dar bandazos, y tuvo que poner a prueba toda su maestría para que su astronave no fuera a estrellarse contra las rocas.

Su arriesgada perseverancia tuvo sus frutos.

Nuevamente descubrió los vehículos que, paulatinamente, iban avanzando entre montañas.

Puso en acción los dispositivos fotográficos y cámaras de filmación de que disponía a bordo.

Al mismo tiempo, en su carta de navegación fue anotando las posiciones.

»Su trabajo era agotador, tenía que atender a mil cosas y, cuando se dio cuenta, en su pantalla

aparecieron cuatro puntos móviles.

Se fijó bien. No podía tratarse de Jake ni de Dick, puesto que ellos eran dos, y les había ordenado que se mantuvieran de vigilancia en lugar más elevado.

Ya no le cabía la menor duda. Aquellos cuatro puntos móviles le estaban vigilando, seguían sus movimientos.

Llegó a esta conclusión porque hizo unos movimientos de tanteo e, invariablemente, en la pantalla quedaba reflejado que los puntos móviles le seguían, conservando sus posiciones.

Llamó a sus compañeros:

—¡Atención, Jake y Dick! ¡Atención, Jake y Dick! Aquí Albert...

Esperó la respuesta, con los nervios en tensión, y, al no recibirla, repitió la llamada.

El resultado fue el mismo. Entonces hizo uso de la frecuencia para comunicarse con la base de Riversun, y, de este modo, ponerse en comunicación con sus compañeros.

—¡Atención, atención Riversun! ¡Comandante patrulla especial de mando, llamando a Riversun! ¡Conteste...!

Allí no le contestaba nadie. Repitió la llamada dos veces consecutivas, y a la tercera sí que recibió contestación, pero no la que esperaba:

—Comandante, es inútil que mande mensajes. Sus comunicaciones están bloqueadas. Le tenemos atrapado.

En esta ocasión, ha llegado demasiado lejos.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió Albert, airado.

—Eso no viene al caso. Siga las instrucciones que le voy a dar, y le prometo que no le pasará nada.

—¿Quién me garantiza que sus palabras son ciertas?

—Tendrá que correr ese riesgo.

—¿Y si me niego?

—Allá usted con las consecuencias.

En realidad, lo que estaba intentando, el comandante Albert Hegel, era ganar tiempo.

Le cabía la esperanza de que si sus comunicaciones las habían bloqueado, lo lógico era que, desde el momento que quienes fueran se estaban comunicando con él, lo normal es que las otras quedaran libres.

Albert continuó en su táctica de entretenimiento:

—¿Saben a lo que se exponen, en esta pretendida detención?

—Lo sabemos perfectamente y, por ello, sólo le quedan dos caminos: entregarse o... la muerte. Lo dejamos a su elección.

—No estoy solo en esta zona.

—Puede que así sea, pero en este sector, sí que está solo, comandante.

—Van a cometer un error lamentable. Desistan de su empeño, y entréguese a su vez.

—Me hace reír, comandante... No está en posición de exigir, sino de obedecer.

—Yo represento la autoridad y, aún en el caso de que yo muera, otros vendrán para proseguir la labor.

—Le he dicho anteriormente que ha llegado demasiado lejos, comandante.

—Y otros llegarán al final.

—¡Basta ya de palabrerías! A su elección lo dejo.

Albert observó la posición en que se encontraba. Desde luego, era altamente delicada.

Las cuatro naves, por pareja, se hallaban escalonadas detrás de la suya y, por lo tanto, estaba expuesta al fuego concentrado de las que le conminaban a la rendición.

Una probabilidad entre mil se le presentaba para poder salir con bien de aquella emboscada.

Confiaba en su máquina, e iba a arriesgar el todo por el todo.

Nuevamente, la voz se dejó escuchar en los auriculares de Albert Hegel:

—Comandante, ¿qué decide a lo que le he expuesto?

—Son ustedes unos incautos. ¿No han caído en la cuenta de que, al anular el bloqueo de mis comunicaciones, toda nuestra conversación ha sido escuchada...?

—¡Maldición...! Usted se lo ha buscado...

Y una serie de explosiones se centraron en el punto donde momentos antes ocupaba la astronave del comandante.

Albert, sólo iniciar la exclamación aquella voz que se dirigió a él, aceleró al máximo sus motores, y la nave, dando un salto, partió, con la velocidad de un rayo, hacia las alturas.

El enemigo, seguramente, quedó desconcertado, ante la audacia del que creían ya una presa fácil.

No obstante, le siguieron, pero el comandante ya les llevaba mucha ventaja, y había alcanzado la zona

limpia de nubosidad.

Estuvo a la expectativa, mas por allí no apareció nadie.

CAPITULO VI

Albert Hegel se comunicó inmediatamente con los capitanes Jake Clark y Dick Fuller.

Les dio su posición, indicándoles:

—Venid inmediatamente.

Así lo hicieron y, cuando estuvieron a su misma altura, les preguntó:

—¿Habéis captado la conversación?

—Sí, Albert. Lo hemos oído todo.

—Y vosotros, mientras tanto, de paseo por las nubes, ¿no es eso?

—No nos diste la posición —alegó Dick.

—¿Cómo os la iba a dar? De haberlo hecho, me hubieran frito al momento.

—Al menos, de tener algún indicio, hubiéramos acudido en tu ayuda —manifestó Jake.

—Buen par de ayudantes tengo... Dispongámonos a revisar la zona, y a ver si damos con esos que han permanecido ocultos entre nubes. Seguidme.

De nuevo se introdujeron en la zona nubosa. Albert les advirtió:

—Reducid la velocidad, y tened dispuestos los impulsores estáticos. Vamos a navegar a baja altura, y debemos controlar bien los indicadores de navegación sin visibilidad.

—De acuerdo —contestó Dick.

—Conforme —dijo Jake.

—¡Ah! Otra cosa. Si nos quedamos sin comunicación, haremos uso de la frecuencia especial.

Asintieron a la nueva indicación de su comandante, y comenzaron a bajar más y más.

Albert iba delante, dirigiéndoles, y, aunque la visibilidad era nula, con el auxilio de los aparatos de que disponían a bordo, y las indicaciones de su comandante, iban avanzando por aquel intrincado pasillo, erizado de riscos sumamente peligrosos.

Jake advirtió:

—¡Eh, Albert! En la pantalla veo cuatro puntos.

—Sí, yo también. Os lo iba a decir. Tomemos altura, antes de que nos descubran, pues en esta ocasión no se andarán con avisos y, sin ceremonia alguna, presentarán «su tarjeta de visita».

Tomaron altura, y se situaron detrás de aquellos cuatro puntos.

Nuevamente, el comandante les habló:

—Hay que procurar hacerles salir del espacio nuboso. Que les veamos la cara. Si podemos, hay que tratar de apresarlos. Pero, si atacan, nos defenderemos. Suerte.

El comandante se lanzó en picado para luego subir y atacar por debajo a las naves extrañas.

Estas iniciaron un movimiento ascendente para virar hacia la derecha.

Pero Jake, que seguía sus trayectorias, disparó una andanada, que les obligó a torcer hacia la izquierda.

Entonces Dick, que ya les estaba esperando,

disparó su vez para cortarles el camino. Rectificaron el rumbo, y pretendieron seguir hacia adelante, mas una nueva andanada del comandante les dio a entender que aquel camino también se hallaba interceptado.

Ante tal situación, no les quedaba más remedio que tomar altura, y así lo hicieron.

Era precisamente lo que había perseguido el comandante Hegel, el que salieran a campo abierto.

Jake y Dick seguían en los flancos, a mayor altura que ellos para no concederles ventaja, mientras que el comandante se hallaba en posición más delicada, expuesto a que iniciara cualquiera de aquellas naves un picado, y le destruyera.

Albert, consciente de su situación, cambiaba continuamente de posición, con la finalidad de evitar ser sorprendido.

Las naves alcanzaron ya la zona exenta de nubes, y aquellas cuatro huían en franca retirada.

El comandante les conminó:

—¡Atención, naves desconocidas! Les habla el comandante de la patrulla especial de mando. Ríndanse y no les sucederá nada.

Como era de esperar, no recibió contestación.

Sus intenciones se vieron claras. Seguramente, el descubrir que se trataba de tres contra cuatro, que eran ellos, les dio fuerza para presentar batalla.

Se dispusieron al ataque. Cada una eligió a su víctima, y dos, conjuntamente, se fueron en dirección adonde estaba la nave del comandante.

Jake y Dick, como se hallaban en posición más elevada, tomaron la delantera, y una andanada de

proyector salió en dirección de su correspondiente nave atacante

Seguramente, no esperaban tan contundente réplica puesto que muy pronto procuraron salir del campo de acción de quienes repelían la agresión.

Jake afinó la puntería y, de unos certeros disparos la nave enemiga estalló en el aire.

Acto seguido, se dirigió para encargarse de una de las dos que se disponían a atacar al comandante.

Pero Albert, habilidosamente, logró separarlas y alcanzar a una de ellas, que iba perdiendo altura con una estela de humo, y estalló posteriormente.

Dick tenía entablado un duelo a muerte con la que le había correspondido.

Debía ser muy hábil el piloto de aquella nave, que en varias ocasiones se zafó del ataque de Dick.

Pero el capitán tampoco era manco, y un ligero descuido de su enemigo lo aprovechó con creces. Sus impactos dieron de lleno en el blanco, y la nave quedó pulverizada.

Sólo quedaba una, y de ella también se encargaba el comandante.

Albert adivinó sus intenciones, que eran las de huir escabullirse como pudiera.

Cuantos intentos hizo, su retirada se la cortó el comandante; quien disparaba a no dar, para que comprendiera que la tenía a su merced.

Dick y Jake iniciaron la maniobra de cobertura, y Albert les comunicó:

—No disparéis a dar. Tenemos que apresarla.

Le contestaron haber recibido su indicación, y

entonces el comandante se dirigió a la nave en cuestión:

—No tiene escapatoria, y lo más prudente es que siga rumbo Este, y se ciña a mis instrucciones. La nave desconocida fijó el rumbo indicado, y el comandante y los dos capitanes le estaban dando escolta.

Todo parecía indicar que iba a salir tal como lo tenía planeado el comandante, cuando, inesperadamente, entre Las nubes, salió una astronave de gran tamaño y, sin dar tiempo a nada, un fogonazo se produjo en la nave ene llevaban apresada.

Esta estalló en una bola de fuego.

Cuando el comandante y sus compañeros reaccionaron, aquella misteriosa aparición se había esfumado.

Nuevamente se dedicaron a explorar la zona, sin hallar indicios de la existencia de alguien más, en aquel espacio, que no fueran ellos mismos.

Como las máquinas las tuvieron que someter a un exceso consumo de combustible, no les quedó más remedio que regresar a la base.

* * *

El general George Decker estaba esperando al comandante y a los dos capitanes, en el mismo hangar donde aparcaban sus vehículos.

Nada más abandonar éstos, el general se dirigió a Albert:

—Muchacho, me has tenido en vilo. He escuchado

toda la conversación. ¿Te ha ocurrido algo?

—Nada, señor.

—¿Cómo has logrado escapar?

—Con un poco de suerte, y con la ayuda de mis compañeros. Utilizan vehículos espaciales de un modelo antiguo.

Jake y Dick se miraron, y el primero manifestó, dirigiéndose al jefe de la base:

—Señor, el comandante logró escapar por sus propios medios, sin nuestra colaboración.

—¿Es cierto eso, Albert?

—Señor, ellos me ayudaron a deshacernos de la patrulla desidente.

—Sí, señor, pero el comandante se llevó la palma

—insistió Jake.

El general se dio varios palmetazos en la cabeza para manifestar, un tanto airado:

—Bueno, ¿Queréis hacer el favor de dejar de repartiros las glorias, y contarme, de una vez, lo que ha sucedido?

—Sí, señor. Aunque es un poco largo —le contestó Albert.

—En ese caso, vayamos a mi despacho.

—¿Me permite, señor, que recoja las cámaras de a bordo?

—¿Has impresionado algo?

—Sí, señor,

—Pues manda que las recojan y las lleven al laboratorio con carácter preferente, y luego, cuando esté revelado, lo traigan todo a mi despacho. Mientras, me voy con tus dos «compinches» hacia allí. No

demores tu llegada.

—Iré cuanto antes, señor.

Albert entregó las cámaras a un ordenanza, transmitiéndole las órdenes del general, y se dispuso a reunirse con ellos.

Cuando hizo acto de presencia el comandante, Dick y Jake le estaban relatando el combate mantenido.

—Siéntate, Albert, y ahora cuenta lo tuyo.

El comandante le fue relatando todo cuanto le había sucedido y, al final, el general manifestó:

—Bueno, poca cosa es, pero ya tenemos algún indicio. ¿Y dices que viste vehículos pesados por esa zona tan abrupta?

—Eso me pareció, señor, y por eso puse en funcionamiento las cámaras.

—Hiciste bien.

—Desde luego, señor, creo que hemos dado con algo importante, puesto que, de lo contrario, no hubieran puesto de manifiesto su empeño de dejarnos fuera de combate.

—Sin lugar a dudas. Esto es lo más significativo, Albert.

—La lástima ha sido no traer con nosotros la nave apresada. Hubiera podido simplificarnos mucho el trabajo.

—Desde luego... Eso también es un síntoma significativo, Albert. Esa gente no se detiene por nada, y no dudan en matar, con tal de quedar a cubierto.

—Eso mismo pensé, señor. Una prueba de ello la tenemos con la patrulla L-222...

—En efecto. ¡Pobres muchachos...!

Los cuatro guardaron silencio, y sus mentes estaban presididas por el recuerdo de aquellos compañeros de armas que sucumbieron en el servicio encomendado.

La llegada de las fotografías en serie y la cinta filmada, les sacó de su condolencia para prestar atención a lo que allí había quedado fijado.

El general fue el primero en mirarlas, y luego, las pasó a los allí reunidos, manifestando:

—Buen trabajo, Albert. No te has equivocado en tu apreciación.

Fueron mirando las fotografías, que aparecían con toda nitidez, pese a la niebla que invadía aquellos parajes, gracias a los sistemas especiales para captación de imágenes.

En ellas se apreciaba un profundo cañón, por donde discurrían unos vehículos pesados que, al parecer, se desenvolvían con toda perfección, por un terreno infernal.

Al final, el cañón parecía que se iba ensanchando. Esto aparecía menos definido, puesto que fue en el momento en que el comandante tuvo que escabullirse para poner a salvo su pellejo.

—Veamos la proyección, Albert.

El aludido se levantó, y dispuso la cinta en la máquina. El mismo general se encargó de dejar una luz tenue, al tiempo que en la pared, tras deslizarse un panel, aparecía una pantalla.

Lo que apareció ante sus ojos, en realidad, era una repetición de las fotografías.

Durante el transcurso de la proyección, pararon y retrocedieron varias veces, aumentando las imágenes en determinados momentos, no dejando ni un milímetro de cinta sin que fuera examinada y discutida.

Una vez terminada la proyección, el general encendió las luces y comentó:

—Claro, ahora se explica que esos vehículos vayan por ahí. Si no fuera con auxilio de las orugas, no darían ni un paso.

—Lo que me intriga a mí, señor, es qué relación deben tener entre sí las naves, esos ataques en tromba e han originado, y los vehículos éstos, cargados de algo. La cosa es evidente; son de los utilizados para grandes transportes.

—Sí, tienes mucha razón, Albert, y esto es lo que tenemos que averiguar. ¿Qué sugieres? —Lo primero de todo es que se investigue sobre el trayecto que afectan esa clase de vehículos, y lo segundo llegar hasta el final del cañón para saber lo que hay allí.

—Muy bien. Todo eso que has enumerado lo podemos encargar a las fuerzas de Tierra. Entretanto, vosotros seguiréis vigilando el espacio.

—Sí, señor.

—Pero nada de hacer de héroe de pacotilla, comandante. Quiero que actuéis conjuntamente, y, de este modo, tendréis razón en repartiros las glorias en igual cantidad. ¿De acuerdo?

Albert dirigió una mirada a sus compañeros, como censurándoles su verborrea, pues estaba claro que le habían contado toda la verdad al general; de lo contra-

no, éste no hubiera hecho aquella recomendación.

—No me habéis contestado a lo que os he preguntado. ¿Os habéis vuelto sordos y mudos?

Los tres reaccionaron y, al unísono, respondieron:

—Sí, señor.

El general soltó la carcajada, para luego decir:

—Desde luego que sois pésimos... Si tuvierais que formar parte de una coral, la-cosecha de hortalizas la teníais más que asegurada. Entonáis que es una maravilla...

El general gozaba de fama de buen melómano, y cualquier nota disonante la acusaba al momento.

Los cuatro rieron, y la jovialidad imperaba entre ellos, aunque manteniendo el respeto consabido a su jefe.

—Bien, Albert. Yo me encargaré de transmitir la órdenes correspondientes para que efectúen esa investigación. Ya te comunicaré los resultados.

—Está bien, señor,

—Ahora, lo que podéis hacer es iros a descansar, lo habéis ganado.

—Gracias, señor.

Los tres se cuadraron militarmente, saludaron y salieron de aquella estancia.

CAPITULO VII

De camino a sus respectivos y comunes alojamientos Albert comentó:

—Ha estado simpático el Espanta-Moscas, ¿eh?

—Pues, hombre, te diré. Lo que me ha llegado al

alma es eso de la coral... Pues mira que el angelito, cuando está enfadado, hace desafinar hasta las ondas ultracortas —manifestó Jake, un poco molesto.

Dick le replicó:

—Hombre, Jake, no te enfades. Todo es cuestión de educar un poco Ja voz; incluso para rebuznar se precisa un cierto estilo...

Jake miró a ambas partes del pasillo y, no viendo a nadie por allí, le giró un derechazo a Dick hacia la parte glútea, que no le valió su esfuerzo por evitarlo, al tiempo que le decía:

—|Toma...! Esto, por pretender traspasarme dotes de tu exclusiva propiedad.

Dick, acariciándose la parte castigada, se lamentó:

—Desde luego, Jake, eres un *olum* perfecto, con derecho nato a figurar en el cuadro de honor del «coceo».

—Pero, Albert. ¿Tú oyes lo que dice éste...? Irremisiblemente, se ha vuelto majareta. Pero ¿qué es eso de olum...?

A lo que Dick le contestó, estableciendo distancias:

—Léelo al revés, y te enterarás.

Jake se quedó un poco pensativo y, al momento, enarboló el casco de vuelo que llevaba en la mano, con la sana intención de estrellarlo contra Dick.

Pero tuvo que rectificar en seguida, por la inesperada aparición de un coronel, al que tuvieron que saludar, con la mayor de las composturas.

Nada más desapareció de su vista el coronel, soltaron la carcajada, y Albert comentó, cuando pudo:

—Jake, por poco encasquetas al coronel, y es de

los que no admiten bromas.

—Lo sé por experiencia. Un día, estaba revisando mi astronave y me oigo: «¿Qué está haciendo, capitán?» Yo creí que era el merluzo de Dick, y le contesté: «Pues tú verás, esperando que me sirvan una chica guapa».

Albert y Dick soltaron la carcajada, y Jake continuó:

—Ya podéis imaginar la cara que pondría, y la repulsa que me «regaló». Sólo faltó que me formara juicio sumarisimo. Habían llegado ya a sus alojamientos, y procedieron a despojarse de sus equipos de vuelo.

Al cabo de un rato, Dick propuso:

—¿Qué os parece si giramos una visita a nuestras damiselas?

—¡Ah! Pero ¿ya hablas con propiedad? —inquirió Jake.

—¡Hombre...! Ignoro los progresos que vosotros hayáis hecho con vuestras respectivas parejas. En lo que a mí concierne, he avanzado bastante —aclaró Dick muy ufano, y con aire de superioridad ante sus compañeros.

Albert le advirtió:

—Pues ándate con cuidado, pajarito, que te meten en la jaula.

—No seas suicida, Dick, y toma muy en serio la advertencia de nuestro comandante.

—Dejaros de tonterías. ¿Vamos por ellas o no?

Albert estuvo rebuscando algo y, al no hallarlo, manifestó:

—Si queréis, iros vosotros delante. Tengo que ir a la astronave, que me he dejado unas anotaciones. Si tardo, no os preocupéis; he de poner en orden mi trabajo.

—De acuerdo, pues, si vienes, en el club nos veremos.

—Conforme.

Jake y Dick se fueron hacia el club, y Albert, en dirección al hangar, donde tenía aparcada su astronave.

Penetró en su vehículo, y le pareció ver una sombra.

Sus músculos se atirantaron, y escudriñó a su alrededor, sin que nada confirmara su suposición.

Confiado, se fue hacia la cabina de mando y, cuando ya estaba a punto de traspasar la escotilla que le daba acceso, un brazo se le enroscó al cuello, apretándole sin piedad.

Fue tan sorprendente el ataque que, por unos momentos, se quedó paralizado.

Pero no fue por mucho tiempo, puesto que sentía las consecuencias de aquella presión, que le impedía respirar normalmente.

De un seco golpe, hundió el codo en la región hepática de su atacante.

Esto hizo que aflojara la presión del cuello, circunstancia que quiso aprovechar el comandante para sujetarle el brazo, y aplicarle una llave para inmovilizarle.

Mas el atacante, con felina agilidad, se libró de la presa a que pretendía someterle Albert, y se fue,

disparado, hacia la salida de la astronave.

El comandante fue en su persecución y efectuó una zancadilla que, por su técnica, para sí hubieran querido muchos practicantes del rugby.

Ambos rodaron por los suelos. Inmediatamente, se levantaron, y entonces Albert pudo ver que aquel individuo iba enmascarado, ocultando su rostro tras una careta de un material parecido al caucho.

Pretendió arrancársela, pero un directo, aunque amortiguado por su defensa, le llegó al rostro, impidiéndole realizar su deseo.

Este momento de vacilación lo aprovechó el enmascarado atacante para emprender veloz carrera hacia la parte posterior del hangar.

Era evidente que aquel individuo conocía el lugar, puesto que la entrada principal del hangar estaba vigilado, mientras que en la parte de atrás existía una puerta de salida para el personal, sin que estuviera controlada.

En la parte trasera, fuera del hangar, habían estacionados varios vehículos ligeros terrestres, a disposición: de los oficiales del astródromo.

Cuando Albert llegó allí, uno de aquellos vehículos partía, a una velocidad desenfrenada.

El comandante ocupó otro, y salió en su persecución a tiempo que comunicaba por radio a la puerta principal de acceso y salida al astródromo, que detuvieran al vehículo que le precedía.

Sonó la alarma, y la barrera fue descendiendo para bloquear la salida.

Pero antes de que ésta se bajara del todo, y

haciendo caso omiso a las señales de que parara, como una exhalación, pasó el vehículo fugitivo.

Albert tuvo que hacer uso de sus dotes de conductor para efectuar un viraje en seco y no estrellarse contra la barrera, que ya había descendido del todo.

Contrariado por aquel inesperado impedimento, gritó a los centinelas:

—¡Suban la barrera inmediatamente!

Así lo hicieron, pero la pérdida de esos segundos fue aprovechada muy bien por el fugitivo, que estableció una respetable distancia entre él y el vehículo del comandante.

Albert apretó a fondo el acelerador, sorteando cuantos obstáculos se le oponían y, en dos o tres ocasiones, estuvo a punto de estrellarse.

Si quería atrapar a aquel individuo, tenía que ser antes de que llegara al núcleo urbano, en plena pista.

Por momentos, iba reduciendo distancias, pero ya estaban cerca de la población.

Creía perdidas todas las esperanzas cuando el vehículo que perseguía torció hacia una de las vías de circunvalación exterior de la población,

Esto le animó, y siguió en su empeño de darle alcance.

Fuere que el individuo aquél se apercibió de la proximidad del vehículo perseguidor o que ya llevaba un preconcebido, lo cierto es que inesperadamente torció hacia la derecha bruscamente, y se introdujo en una avenida.

Albert iba tan lanzado, que se pasó de largo. Tuvo

que efectuar una maniobra de retorno, e irrumpir en aquella avenida.

Todavía alcanzó a ver como aquel vehículo se detenía en la zona de aparcamiento de un edificio que él conocía muy bien, puesto que se trataba del club donde fueron a celebrar su ascenso, y en el que trabaron amistad con las muchachas, él, particularmente, con la deliciosa Sadie.

En efecto, el vehículo estaba allí y, además, inconfundible, puesto que llevaba los distintivos de la base de Riversun.

Frenó a su lado y, de un salto, se apeó. Su ocupante se había esfumado, encontrando únicamente la careta que había utilizado, y unos guantes.

Sin pérdida de tiempo, se introdujo en el club, y miró a su alrededor, por si descubría algo. Pero allí habían varios oficiales, y a todos los miró, pareciéndole sospechosos, puesto que el que se le escapó de las manos llevaba uniforme de oficial, aunque no podía precisar la graduación.

Estaba concentrado en su observación, cuando la voz de Jake llegó hasta él, al tocarle en un hombro:

—¡Hombre, Albert...! Me alegro de que hayas venido pronto, pues allí tienes a Sadie en solitario.

Albert, instintivamente, se fijó en las rodillas de su compañero.

No supo por qué lo hizo, pero se le ocurrió, de pronto. Pensó que quien fuera, al bloquearle los pies, lo primero que choca con el suelo son las rodillas. Luego, en los pantalones quedarían huellas.

Se alegró al comprobar que en el impoluto

pantalón del uniforme no existía el menor desperfecto.

Jake se extrañó de su reconocimiento, y manifestó un poco amoscado:

—¡Oye...! ¿Tanto se te ha subido el ascenso a la cabeza, que me estás pasando revista?

Albert se quedó como niño sorprendido en falta pero reaccionó, contestándole:

—No digas majaderías... —y acto seguido, inquirió —: ¿Estáis ya hace mucho rato?

—Pues claro que lo estamos... Bueno, el romántico de Dick se ha escabullido con su Kate, y ha aparecido hace un momento.

—¡Vaya...! Condúceme adonde estáis.

—Sígueme. .

Llegaron junto a la mesa que ocupaban, y las muchachas, al igual que Dick, se alegraron de la presencia de Albert, pero la que más lo celebró fue la propia Sadie.

El fulgurante brillo de sus ojos la traicionó en gran manera, poniendo de manifiesto sus sentimientos hacia el comandante.

Dick, al que no había pasado inadvertida la reacción de Sadie y la propia de Albert, manifestó, con un tono no exento de ironía:

—Eso está muy bien, comandante. Compruebo que pronto has terminado tu trabajo.

Albert no pudo reprimirse y, un tanto seco, le contestó :

—Más de lo que puedes imaginar.

Y luego, dirigiéndose al lado de Sadie, la saludó:

—¡Hola...! ¿Cómo estás, Sadie?

—Bien, ¿y tú?

—Perfectamente.

Unas palabras corrientes, triviales... Estaba visto que aquél no era el día para Albert.

Dick, en vista de la seriedad que allí imperaba, se levantó, para indicarle a Kate:

—Nena, será mejor que nos vayamos a bailar un rato. No sé por qué, barrunto tormenta...

Este momento fue aprovechado por Albert para inspeccionarle las rodillas y... comprobó que estaban un tanto deterioradas.

Se quedó hecho de piedra, hipnotizado, y su actitud no pasó desapercibida para Sadie, que le preguntó:

—Albert... ¿Te sientes bien? .

—¿Qué...? ¡Ah, sí, sí...! Estoy bien.

—Pareces un poco raro... ¿Te ha sucedido algo?

—No, no... Quizá sea un poco de fatiga. Hoy hemos tenido un día algo movidito.

—Seguramente será eso...

Le contestó Sadie, un tanto amoscada por el poco caso que le hacía, y que ella atribuía a otras causas.

¡Pero cuán lejos estaba de suponer la verdad...!

Albert se debatía con una serie de contradicciones. Sí, aquel individuo al que pretendió atrapar era, poco más o menos, de la estatura de Dick.

Este era fuerte y ágil, el cuerpo a cuerpo se le iba muy bien, puesto que en las prácticas que efectuaban en el gimnasio, para mantenerse en forma, habían competido en muchas ocasiones.

In mente, se dijo:

—¡Bah...! El no puede ser. Además, es monstruoso, por mi parte, el que sospeche de él...

Pero lo cierto y seguro era que la duda se había suscitado, y no podía apartar de su mente aquel incidente.

Mary, que también notó algo raro en Albert, manifestó, dirigiéndose a Jake:

—Oye, pajarito... Tu amigo Albert parece que no goce de muy buen talante.

—Sí, ya me he dado cuenta de ello. Debe haberle ocurrido algo.

—¿Cuestión de... pajaritas?,

—Tú siempre con tu manía volátil. Un día de éstos te voy a «desplumar» por completo o a estrangular.

—Oye, que casi lo estás haciendo. El bailar es una cosa, pero el estrujar se sale del arte de la danza. Por lo menos, deja que respire con cierta holgura.

—Tú tienes la culpa, por ponerme nervioso.

—Hombre, pero un poco de moderación. Ponte nervioso con dulzura, pero no así, a lo bruto...

Mientras Albert y Sadie se habían quedado solos en la mesa, y la muchacha, prudente, respetó el silencio de Albert.

Este se dio cuenta de la posición un tanto grosera en que estaba, y manifestó:

—Perdona, Sadie, por mi comportamiento. Es que me ha sucedido algo que me tiene muy preocupado.

La joven decidió salir de dudas, y preguntó abiertamente :

—¿Alguna mujer?

Albert la miró, por captar un tono especial y de

desafío en la pregunta que terminaba de formularle y, con una semisonrisa, le contestó:

—No, ni mucho menos. Se trata de algo , relacionado con la profesión.

Sadie pareció respirar tranquila y, dulcificando su voz, se ofreció:

—Si puedo ayudarte en algo...

—Agradezco tu interés, Sadie, pero, por ahora, permíteme que silencie la cuestión. Algún día te lo contaré. Lo que sí puedo asegurarte es que no se trata de ninguna mujer. Has logrado producir en mí un gran impacto.

—Bueno, al menos, ya me has dicho algo con amabilidad...

Manifestó Sadie, con una de sus mejores sonrisas para añadir:

—Si tienes algo que hacer, por mí no lo dejes. No te creas obligado...

—Agradezco mucho tu comprensión. Si quieres, te llevo a tu casa. Tengo el vehículo fuera.

—No, gracias, me quedaré un rato más con Mary y Kate.

—Como gustes. Me perdonas, ¿verdad?

—Claro que sí, hombre. Anda, vete a solucionar lo que tanto te preocupa.

—Eso quisiera. Adiós, querida.

Y sin que ella pudiera sospecharlo, se inclinó y le dio un beso en los labios, para salir inmediatamente de aquella sala.

Momentos después, se reunieron con Sadie, Jade, Mary y Dick con Kate.

Extrañado, el primero preguntó:

—¿Y Albert...?

—Según me ha dicho, tenía algo urgente que resolver, y se ha ido.

Dick se quedó pensativo, y manifestó, más bien como si hablara para sí mismo:

—Albert se ha portado de un modo raro... Algo debe ocurrirle. Estoy seguro de que oculta algo.

Jake corroboró:

—Sí, algo debe sucederle. Albert, normalmente, es jovial y expansivo... ¿Sabes lo que te digo, Dick? Lo mejor será que tratemos de averiguarlo.

—Soy de tu misma opinión.

—Pues vamos a acompañar a las chicas, y luego, nos reuniremos con él. ¿No te ha dicho nada de particular, Sadie?

—No, salvo eso, que estaba preocupado.

Mary intervino, en aquellos momentos:

—Pues, aprisa, pajaritos. No vaya a ser que vuestro comandante os necesite.

Y así fue como dieron por finalizada aquella reunión, que resultaba del agrado de todos.

CAPITULO VIII

Lo primero que hizo el comandante Albert Hegel, al abandonar el club, fue cerciorarse de si el vehículo de la base, en que había huido el interfecto, estaba todavía aparcado allí.

En efecto, permanecía al lado del suyo.

Hizo uso de la emisora que llevaban instalada a

bordo, e indicó a la base que pasaran a recogerlo inmediatamente.

La llamada fue transmitida a una de las patrullas de vigilancia terrestre más próxima a aquel lugar, y uno de los muchachos se hizo cargo del mismo.

Albert le advirtió:

—Póngase los guantes. Lleve este vehículo al hangar número tres. No toque nada de como está todo, y permanezca a su lado hasta que yo vaya.

—Sí, señor.

Acto seguido, el comandante emprendió el regreso a la base y, al llegar al puesto de guardia y control de la entrada, llamó, en un aparte, al oficial encargado de la misma.

—Teniente, bajo mi responsabilidad, a todo oficial que regrese a la base, tanto si viene con vehículo individual como colectivo, páseles revista. Todo aquél cuyas rodilleras de su pantalón de uniforme presenten algún deterioro, tome nota de ellos, y me lo comunica posteriormente.

—Bien, señor. Pero me voy a encontrar con ciertas dificultades ante oficiales de categoría superior.

—Sabe usted que no pueden negarse ante las exigencias de quien en estos momentos representa la máxima autoridad en una guardia. No es la primera vez que ocurre algo por el estilo.

—De acuerdo, señor. Pero pueden alegar extralimitación de funciones.

—Es usted muy meticuloso, teniente... Le he dicho en un principio que bajo mi responsabilidad, y, para su mayor tranquilidad, esta orden la tendrá respaldada

por el jefe de la base,

—Gracias, señor. Cumpliré sus órdenes.

Tan pronto' terminó con el teniente quisquilloso, se dirigió al hangar número tres, que era precisamente donde tenía su astronave y las de sus compañeros, encuadrados en la patrulla especial de mando.

Paró el vehículo terrestre al lado de su imponente nave, y subió a bordo para efectuar una inspección, por si hallaba algún indicio de lo que podía buscar allí aquel individuo,

Al principio, nada anormal descubrió, todo parecía perfecto, sin que hubiera sido tocado nada.

Pero Albert razonó con lógica, diciéndose:

—Si ese individuo permanecía a bordo, cuando le sorprendí, y ha tratado de huir, es que no estaría haciendo nada bueno, o por lo menos confesable...

Volvió a la cabina de mando, y comenzó de nuevo la revisión, con más detenimiento.

Todo estaba bien, pero un detalle le llamó la atención.

La tapa del compartimento donde se albergaban las cámaras de fotografiar y filmación, estaba cerrada, sí, pero sin el pasador de seguridad.

El estaba más que convencido de que: lo había dejado todo en orden, puesto que fue él quien las extrajo de donde estaban alojadas, y luego, por costumbre o inercia, cerró la tapa como mandaban los cánones.

Una de las normas establecidas para seguridades de vuelo, era el revisar aquellas pequeñas cosas, que podían originar consecuencias desastrosas, y entre

aquellas normas se especificaba el asegurar bien el compartimento fotográfico y de filmación, puesto que, en ocasiones, no se llevaba ocupado, y su emplazamiento en las astronaves se hallaba expuesto a una mayor vulnerabilidad.

Ya no le quedaba la menor duda. Aquel individuo fue allí para apoderarse de la posible información gráfica que hubiera conseguido.

Pero llegó tarde, puesto que el mismo comandante se encargó de recoger los aparatos.

Y menos mal que tuvo esta ocurrencia, puesto que, en la mayoría de casos, con mucha posterioridad, se encargaba que las retiraran para su correspondiente revelado y nuevas cargas.

Comprendió, al momento, que quien actuó de aquel modo estaba al corriente de los procedimientos que seguían, sólo que..., en esta ocasión, se vieron frustrados sus propósitos.

El vehículo que mandó recoger el comandante, llegaba en aquellos momentos.

Albert le dijo:

—Está' bien, muchacho. Déjalo aquí, e incorpórate de nuevo a tu patrulla.

—A la orden, señor.

Acto seguido, llamó al laboratorio para que efectuaran una inspección de huellas dactilares, aunque casi estaba seguro de que no hallaría las que pudieran pertenecer al interfecto.

Posteriormente, se dirigió al despacho del general jefe de la base.

Lo cogió a punto de abandonar el lugar.

—¿Sucedo algo, Albert?

—Sí, señor.

Le relató cuanto le había acontecido y, cuando terminó, el general Decker manifestó:

—Comparto tu teoría. Ese iba a tu astronave para apoderarse de las pruebas que hubieras podido captar. En cuanto a la forma que has procedido, y lo que has determinado, me parece todo muy acertado. Confirmaré la orden que le has dado a ese tenientillo.

—Gracias, señor.

—En cuanto sepas algo, ya me dirás lo que has aclarado.

—Así lo haré.

Como ya era una hora avanzada, y el día había sido movidito, el comandante Albert Hegel se fue a descansar.

* * *

A la mañana siguiente, el teniente de guardia, de todos los oficiales que habían regresado a la base, y a los que pasó inspección, únicamente notó algo anormal en dos de ellos.

Estos nombres correspondían al capitán Dick Fuller al teniente Joe Hudson.

Lo de Dick, ya había tenido ocasión de observarlo él mismo cuando le vio en el club, y ahora le quedaba la penosa tarea de interrogarle, y hallar una justificación al deterioro de su pantalón.

Le tenía muy preocupado esto, e incluso tuvo pesadillas aquella noche, sobre el particular.

Se fue a su despacho y, por mediación de un ordenanza, mandó a buscar a Dick para que se presentara ante él.

No tardó mucho en hacer acto de presencia y, al verle, después de saludarle, Dick le manifestó:

—Anoche, cuando llegamos Jake y yo, ya te habías ido a descansar. Veníamos por si nos necesitabas.

—¿Para qué os iba a necesitar?

—No sé... Te vimos algo raro, preocupado...

—Puede ser. Pero de la mejor manera que puedes ayudarme es contestando a unas preguntas que te voy a hacer.

—Pues si esto te sirve de algo, adelante.

—Cuando nos separamos ayer por la tarde, ¿adonde te fuiste?

—Pues con Jake, por las chicas.

—¿Estuviste todo el rato con él?

—Pues..., no. Nos separamos, y yo fui por Kate.

—¿Dónde estuviste luego?

Dick se amoscó un poco, ante aquel interrogatorio que le hacía el mismo efecto que si se encontrara ante un fiscal, y no pudo contenerse de preguntar a su vez:

—Pero, oye... ¿Se puede saber a qué viene todo esto?

—Tú límitate a contestar, no a preguntar.

Haciendo un gesto de resignación, monótonamente, Dick le fue diciendo:

—Fui adonde vive ella. Salimos, y luego nos encaminamos hacia un parque próximo, adonde está el club. Allí nos sentamos un rato... ¿Te he de decir lo que hablamos también?

—Eso lo dejo a tu criterio.

—Pues mi criterio es que no te importa.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo estuvisteis en conversación?

—Pues entre hablar, callar, abrazar y besar... No lo sé.

—Dick, esto es más serio de lo que imaginas, por lo que te ruego que contestes a mis preguntas, por absurdas que las creas.

—Pero, hombre, si me dijeras de lo que se trata, entonces ya sabría cómo contestarte para facilitarte la conclusión a la que deseas llegar.

—Hasta que no me des unas contestaciones satisfactorias, no te lo puedo decir, puesto, que como muy bien has dicho, sabrías cómo contestarme para desvirtuar la verdad.

Dick se puso serio. Comprendió que la cuestión no daba lugar a bromas, por lo que preguntó:

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—El tiempo que permaneciste en el parque, acompañando a la chica.

—Pues..., no sé. Quizá media hora, puede que un poco más...

Albert hizo un cálculo mental. Desde que dejó a sus compañeros hasta que llegó a la astronave, en donde descubrió al intruso, debían haber pasado unos quince minutos.

Este tiempo, forzosamente, vendría a emplearlo Dick para llegar desde la base al domicilio de Kate, pues sabía dónde vivía, ya que las acompañaron cuando trabaron amistad con ellas.

Luego, a su llegada al club tras el perseguido, Jake le manifestó que Dick estaba allí, tras una ausencia.

Computando los tiempos, el capitán Dick Fuller quedaba descartado.

Pero quedaba en el aire una particularidad, el deterioro de las rodilleras del pantalón de su uniforme.

Albert le preguntó abiertamente:

—¿Puedes decirme por qué las rodilleras de tu pantalón estaban en unas condiciones como si hubieras ido por el suelo?

Dick enrojeció hasta la raíz de sus cabellos, quedando un rato en silencio, para luego inquirir:

—¿Es preciso que conteste a esto?

—No únicamente preciso, sino fundamental.

Dick, medio avergonzado, todavía trató de eludir la cuestión:

—No veo qué relación pueda tener con lo que tratas de averiguar. Porque tú estás tratando de averiguar algo, ¿no es eso?

—Exacto, y ese detalle tiene que ver mucho, pero muchísimo.

Dick volvió a enrojecer y, con resignación, manifestó :

—Aunque me temo que te vas a reír de mí, te confesaré lo que sucedió. Y que conste que te lo digo porque me da la impresión de que se trata de algo muy serio.

—Y no te equivocas. Lo es.

Carraspeó y comenzó:

—Sabes que yo, o por si lo ignorabas, ahora te lo digo, soy un tanto romántico en cuestiones del amor, y

siempre me ha gustado emular a los grandes amantes, en sus declaraciones. Pues bien, estoy enamorado de Kate, y así se lo manifesté, de hinojos, emulando a nuestros antiguos.

Albert tuvo que ponerse la mano delante de sus labios para ocultar la carcajada que estaba a punto de soltar.

Dick no se dio cuenta de ello y, con la vista dirigida al suelo, continuó:

—Kate me dijo que ella también compartía mis sentimientos y, seguramente, debido a la misma alegría, casi bailé de rodillas, sin acordarme posteriormente de que hubiera podido manchar el pantalón...

El capitán Fuller fue levantando el rostro para mirar con prevención a Albert, y añadió:

—Ahora te puedes reír, si quieres. Pero ésta es la pura verdad de lo que pasó.

Albert entonces soltó la carcajada, para justificarse acto seguido:

—No malinterpretes mi risa. No es por tu acto, sino la misma alegría de saber que me has dicho la verdad, y el desvanecimiento de toda sospecha.

—¡Cuernos...! ¿Habías sospechado de mí? ¿Por qué y de qué?

—Ahora, deja que te explique a mi vez, y entonces hallarás una justificación a mi proceder. Mira...

Al término de su relato, Dick le manifestó:

—Pero, hombre de Dios. ¿Por qué no recabaste nuestra ayuda?

—Lo hubiera hecho, pero tú fuiste la causa que me

retuviera, puesto que, como te he dicho, el individuo que me atacó era parecido a ti en figura, y luego, al decirme Jake que habías estado ausente... Tú dirás si no había para sospechar. A todo esto, añádele lo de las rodillitas...

—Sí, desde luego, tenías tus razones. ¿Y he sido yo sólo el sospechoso?

—Hay otro, el teniente Joe Hudson, al que tengo que interrogar.

—¡Hombre...! Gracias por la preferencia que me has dado.

—Te ruego que no lo tomes a mal, Dick. Era una espina que tenía clavada, y quería desprenderme pronto de ella.

—No me hagas caso, Albert. Te comprendo; en tu caso, me hubiera sucedido lo mismo.

—Gracias, Dick.

—Y Jake, ¿está enterado de todo esto?

—No sabe ni una palabra.

—De todos modos, tanto él como yo notamos que te sucedía algo grave. Del laboratorio, ¿has recibido algo nuevo?

Espera, como me temía, hay una infinidad de huellas. Están llevando un estudio sobre las pertenecientes a todos los oficiales adscritos en la base.

—¿Y no podrían pertenecer a otro que no sea oficial? —Pudiera ser, pero es evidente que ese interfecto llevaba el uniforme de oficial, y lo conocía todo muy bien.

—Sí, claro...

Jake hizo acto de presencia en el despacho del comandante, preguntando, a guisa de saludo:

—¿Se puede saber qué hacéis, de palique a horas tan tempranas? Ya os podía buscar, ¡caramba! Lo menos que podíais hacer es avisar.

Albert le miró y, en plan de guasa, le contestó:

—Perdona, Jake, me olvidé de mandarte al mayordomo para que te anunciara el programa que tenía previsto. Un fallo imperdonable por mi parte...

—Déjate de guasitas... ¿Ya te ha pasado el malhumor de ayer...? Eres un agua-tardes, comandante.

Dick contestó por Albert:

—Calla, hombre, calla... Han sucedido cosas importantes, y estábamos en lo cierto cuando lo sospechamos, al ver la cara de Albert. Pues ha sucedido... ¿Se lo digo, comandante?

—Sí, anda.. Cuéntale.

Dick fue informando a Jake, aunque, premeditadamente, silenció lo de la declaración a su amada para que no diera lugar a guasas.

Jake exclamó, cuando se hubo enterado de todo:

—¡Atiza...! Y nosotros, tan tranquilos... Esto parece más importante de lo que temíamos en principio, ¿Verdad, Albert?

—Y tanto. Estoy esperando, con impaciencia, los informes que nos puedan dar de aquellos lugares.

—Me da la impresión que éstos serán sabrosos.

—Comparto tu opinión —ratificó Dick.

CAPITULO IX

El teniente Joe Hudson compareció ante el comandante Albert Hegel y, al poco rato, se presentaron los capitanes Jake Clark y Dick Fuller, éste último con un paquete bajo el brazo.

Cuando ya estuvieron todos reunidos, el comandante invitó al teniente:

—Teniente Hudson. ¿Puede describirnos cómo empleó las horas, en el día de ayer?

—Con mucho gusto, señor. Estuve de servicio hasta media tarde y, momentos después, abandoné la base para ir a distraerme un rato con mi chica, regresando a última hora.

—Concretamente, ¿a qué hora terminó el servicio?

—A las seis de la tarde, señor.

Albert miró a Jake, quien hizo una inclinación de cabeza.

—¿Abandonó inmediatamente la base?

A la pregunta del comandante, el teniente pareció vacilar un poco, para luego contestar:

—Bueno..., pues no me acuerdo, quizá me entretuviera un poco.

—¿Como cuánto?

—No podría concretar, señor.

—¿A las seis y quince estaba todavía en la base?

—Puede. '

Albert, intencionadamente, se puso a anotar algo y, como quien no lo hace, tras pasar un ratito, preguntó de nuevo:

—Al abandonar la base, ¿lo hizo con vehículo individual o colectivo?

—Colectivo, señor.

—En sus horas de asueto, ¿estuvo en el club Rome?

—No, señor.

—Durante el tiempo que estuvo disfrutando de sus horas libres, ¿tuvo algún accidente o incidente...?

—Que yo recuerde, ninguno.

—Entonces, ¿cómo se explica que regresó a la base con las rodilleras del pantalón del uniforme deterioradas?

—¿Yo...?

—Sí, usted.

Rebuscó unas notas, y añadió:

—A las once y. media se reincorporaba a la base, y fue revistado antes de dirigirse a su respectivo alojamiento.

—Sí, es verdad. Pero yo no tenía ningún deterioro.

Albert, entonces, se dirigió a Dick:

—Capitán Fuller, ¿quiere mostrarle esa prenda al teniente?

El aludido desenvolvió el paquete, y la dejó bien visible.

Albert;, endureciendo sus facciones, tomó de nuevo la palabra:

—Teniente Hudson, límitese a contestar concretamente. ¿Es de su pertenencia esa prenda?

—No, señor.

Inesperadamente, Albert le preguntó:

—¿ Qué hacía usted a las seis y quince en mi astronave, teniente?

Hudson se quedó paralizado, sin saber qué contestar y, al poco, débilmente contestó:

--¿Yo..., comandante?

—Sí, usted. ¿Qué buscaba allí?

La confusión iba en aumento en el teniente y, no dejándole que se repusiera, le atosigó con otra pregunta:

—¿Para quién trabaja, teniente? ¿Quiénes son los que le mandan? ¡Conteste...!

Al cabo de un rato, manifestó:

—Me niego a responder, si no se me dice de qué se me acusa.

—Claro que se lo voy a decir, teniente. Se le acusa de saboteador y de traidor.

—Todo eso es infundado, señor —contestó el teniente Hudson, cobrando nuevos bríos.

—El fundamento lo ha dado usted mismo, en sus declaraciones, teniente.

—¿Yo...?

—Sí, usted mismo ha confirmado las sospechas suscitadas.

—Yo no he dicho nada que, según usted, me condene.

—Le voy a refrescar la memoria. Usted ha dicho que abandonó la base a las seis y cuarto, en un vehículo colectivo. Estos vehículos tienen establecido el servicio cada media hora. Usted ha negado que la prenda mostrada fuera de su propiedad, cuando en la lavandería está ingresada a su nombre, llevada allí por el ordenanza a su servicio... ¿Quiere más pruebas...?

El teniente estaba abrumado ante la contundencia del comandante, quien le repitió la pregunta:

—¿Quiénes son los que le mandan?

—En uso a los derechos que me asisten, me niego a contestar a cualquier pregunta que me formule.

—Muy bien. Con sus derechos y. todo, ya las contestará ante el Consejo de Guerra. Dese por arrestado y confinado en las celdas de oficiales.

Sin que ninguno de los presentes lo pudiera evitar, el teniente extrajo un arma que llevaba oculta, se la llevó a la sien, la disparó y cayó como un pesado saco, a tiempo que una mancha de sangre se extendía por el suelo.

Los tres corrieron a su lado, pero ya nada pudieron hacer, por evitar aquel final desagradable.

Más tarde, se enteraron de que el teniente presentaba magulladuras en las rodillas, a consecuencia de un golpe seco, y que llevaba un tren de vida muy superior a los ingresos que pudieran permitirle el cargo de teniente.

También se dijo que se le vio con compañías femeninas poco recomendables.

* * *

Los efectos del teniente fueron minuciosamente examinados, por si se hallaba alguna pista sobre con quién se relacionaba»

Naturalmente, se sospechaba que tenía que ver con los ataques realizados por aquella o aquellas naves desconocidas.

La prueba más contundente fue que el mismo teniente se quitó la vida para no tener que confesar, o por saber que, si lo hacía, igualmente le iba a costar el pellejo.

Nada en limpio se sacó; el secreto se lo llevó con él, al privarse de la existencia.

El general George Decker llamó al comandante Albert Hegel:

—Albert, ven a hablar conmigo, pues he recibido informes sobre lo que tú sabes.

—En seguida estoy con usted, señor.

Sabía ya de antemano que los informes aquéllos se referían a la zona que él fotografió con su astronave.

Le recibió, con las siguientes palabras:

—No te hagas muchas ilusiones, Albert. Se puede decir que no han averiguado nada.

—Pero no pueden negar que por allí circulan unos vehículos que han captado las cámaras.

—Yo no sé cómo diablos habrán llevado la inspección. Lo cierto y seguro es que dicen que por ese lugar no existen huellas de tránsito de vehículos pesados.

—Si yo no lo hubiera visto, señor; si no se hubiera confirmado por las vistas aéreas que tomé, diría que todo fue una alucinación. Pero la evidencia la tenemos

ahí, en las fotos y en el filme.

—Todo lo que dices está muy bien, y me tienes convencido de ello. Pero convendrás conmigo que una cosa de esa índole no puede pasar desapercibida, y el informe dice que nada anormal se ha descubierto por aquellos parajes.

El comandante Albert Hegel estuvo leyendo el informe remitido al general y, cuando terminó, manifestó:

—Señor, en concreto, se desprende que quienes han llevado a efecto la investigación lo han hecho con gran boato, es decir, con despliegue de tropas.

—Me he dado cuenta de ello.

—Esto ha sido contraproducente, puesto que, de este modo, les han puesto sobre aviso.

—Claro, claro... ¿Y qué solución se te ocurre?

—Que dé por bien recibidos los informes, y les ordene que suspendan las investigaciones proclamadas a los cuatro vientos.

—¿Y después?

—Que nos autorice a mí y a los capitanes Clark y Fuller para efectuar una investigación por nuestra cuenta, en aquella región.

—No sé qué decirte, Álbért... Vuestro medio ambiente es el aire.

—Señor, en más de una ocasión hemos tenido que actuar en tierra. Ya lo sabe sobradamente.

—Sí, desde luego, y con éxito. Justo es reconocerlo. Pero no sé si exponeros ante el peligro de enfrentaros a una organización que no para en medios de destrucción.

—Tengo el convencimiento, señor, de que la clave de todo nos la tienen que proporcionar esos vehículos.

—Pero si en el informe dicen que no han visto ni uno de ellos por allí.

—Lo más natural es que hayan «espantado la caza». Y primero, el enfrentamiento que sostuvimos en el aire con ellos, luego, al pretender apoderarse de lo que hubiéramos podido captar, y por último, la presencia de tropas por la región...

—Bien, conforme con todo lo que dices. Pero..., ¿qué demonios vais a hacer los tres contra ellos?

—Ya nos las compondremos para sacar algo en limpio.

—Cursaré las órdenes oportunas para que el ejército os preste ayuda.

—Señor, con el mayor de mis respetos, le sugiero que no lo haga. Estaríamos en el mismo caso, y considero que será más eficaz que actuemos por nuestra cuenta y riesgo.

—No sé qué decirte, Albert... Los capitanes Fuller y Clark, ¿estarán conformes?

—Estoy seguro de ello, señor.

—De todos modos, mientras medito sobre lo que me has propuesto, no estaría de más que se lo consultaras a ellos.

—Pero...

—Ni una palabra más, Albert. Consúltaselo, me dices cómo habéis quedado, y ya sabrás mi contestación.

—Le puedo adelantar, señor...

—Lo que te he dicho, Albert. Además, es

conveniente dejar pasar un cierto tiempo para que se vuelvan a confiar.

Este último razonamiento convenció más al comandante, que refrenó sus ímpetus, manifestando:

—Como guste, señor.

—Esto está mejor. Ya me darás la contestación.

—Sí, señor.

Saludó, y fue a reunirse con sus compañeros.

—¿Hay algo de nuevo, Albert? —inquirió Jake.

—Sí y no. Os he de hacer una proposición.

—Toca hierro, Dick.

—No fastidies, Albert... Yo he contraído unas obligaciones con mi prometida, y las tengo que cumplir... —protestó Dick.

—Sois libres de aceptar o no. La proposición no quiere decir obligación, sino que se os da opción a la elección.

Jake saltó:

—Y todo acaba en on, como follón.

—Que es en lo que nos va a meter este cabezón de «comandantón» —concluyó Dick.

Albert, un poco amoscado, les manifestó:

—Está bien, ni una palabra más. Lo haré yo solo. No necesito de la colaboración de quienes tienen obligaciones falderas.

—¿Has oído a éste, Jake...? ¡La de cosas que tiene que oír uno, en esta vida...!

—No le hagas caso, Dick. Todo ello es envidia porque nosotros hemos triunfado en el amor. El pobrecillo tiene que hacer méritos para justificar su ascenso...

—Ahí vamos, porque digo yo...

Albert le cortó:

—Tú no dices nada más. Sólo estupideces se os ocurren, en vuestras mentes obtusas. ¡Largaros de aquí!

Jake le guiñó el ojo a Dick, antes de decir:

—Un momento, comandante. ¿Podemos comunicar a Sadie que renuncia a su compañía, y que se dedique a la busca y captura de otro?

—¡Un cuerno! No os importa mi vida privada, aunque el papel de alcahuetas os va a la maravilla.

—Mira, Jake, lo que pretende nuestro comandante es recoger para él solo las glorias. Así que le vamos a llevar la contraria, y que desembuche de una vez lo que tenga que decir. ¿No te parece?

—Eso está muy bien, Dick. Por una vez, tus neuronas cerebrales han funcionado a la perfección.

—¿Y por qué no dejas tranquilas a esas señoras, Jake? Con una dama ya tengo bastante, Y qué dama, mi Kate...! —Terminó, poniendo los ojos en blanco. .

Tras unas bromas más, entraron de lleno en la cuestión :

—Yo le he dicho al general que la única forma de poder averiguar algo es el personarnos en el lugar. Iremos vestidos de paisano. Según dice, lo poco que aduce el informe es que en aquella población hay un exceso de vehículos de transporte, así que nos presentaremos con uno, en busca de trabajo.

—¿Y crees tú que esto surtirá efecto?

—Lo ignoro, Jake, pero, por lo menos, tendremos una justificación a nuestra presencia en el lugar, sin

levantar sospechas.

—Eres todo un tío, Albert. Y después, ¿qué pasará?

—No soy adivino, .Dick. Ya lo irás averiguando, según se desarrollen los acontecimientos.

—Una inteligente contestación a una pregunta de no menor talento... Desde luego, me dejáis maravillado... —concluyó Jake, guasón.

CAPITULO X

En una población, no muy numerosa de habitantes, Albert, Jake y Dick, habían averiguado la existencia de una oficina de contratación, que podría darles ocupación con su vehículo de transporte.

Se fueron hacia aquella oficina, y solicitaron empleo, cosa que les concedieron, al manifestar que su vehículo era de gran tonelaje, precisamente lo, que les interesaba.

Concertaron sueldo, replicaron sobre el mismo, con la finalidad de dar más visos a la verdad, logrando mayor cantidad de la que se les ofreció en principio.

En seguida tuvieron que salir hacia una población vecina. La mercancía: toda clase de hierro, chatarra. El capataz les dijo:

—Cuando regreséis con la mercancía, ya se os dirá adonde la tenéis que llevar. Se os advierte que no será cosa fácil y, si aceptáis, luego, no os podréis volver atrás. Así que pensadlo bien, antes de dar el paso.

Albert dijo:

—Hombre, necesitamos el sueldo para vivir; de lo contrario, no hubiéramos venido en busca de trabajo.

—De acuerdo. Pero os lo repito, luego no os podréis volver atrás. A quien ha pretendido hacerlo... siempre le ha ocurrido algo...

Así pues, partieron hacia el almacén donde tenían que cargar la mercancía.

Los tres, ya en cabina, pudieron hablar tranquilos. Albert les preguntó:

—¿Qué os ha parecido la advertencia del capataz?

—Pues que me huele a gato encerrado —contestó Jake.

—Más que eso, a vida pendiente de un hilo —adujo Dick.

—En efecto, a ambas cosas a la vez. Creo que hemos dado con lo que buscábamos... —y al momento, especificó—: Bueno, quiero decir a la introducción del asunto que nos ha traído aquí, no a lo que ha mencionado Dick.

Sin ningún incidente, llegaron al almacén que se les consignó, se les cargó el vehículo, y de nuevo estuvieron de regreso.

Recibieron instrucciones del capataz para que siguieran a otros, que ya estaban formados en caravana, y todos cargados.

Nada más abandonaron la población, se introdujeron por una vía secundaria, y desembocaron en un lugar que tenía todos los visos de un campamento.

Estaba situado en la falda de una montaña, en donde habían practicado un gran túnel.

Siguieron a la caravana, desembocando en una gran sala, y cada vehículo fue a situarse en unos

elevadores.

Les hicieron bajar del mismo, y unos obreros especializados procedieron a desmontar las ruedas Albert, por cubrir las apariencias y averiguar al mismo tiempo,, protestó:

—¡Eh...! Pero ¿qué hacen? ¿Por qué nos quitan las ruedas?

El que parecía el encargado de aquellos hombres, manifestó:

—No os las vamos a quitar, hombre. Van a ser sustituidas por orugas, puesto que por donde tenéis que ir sería imposible transitar, de no ser con este medio.

Jake y Dick también oyeron la explicación, por lo que se miraron entre ellos.

El comandante, con disimulo, lo iba observando todo, y no le pasó por alto que allí se ejercía una velada vigilancia, y se lo confirmó cuando uno de aquellos que conducían un vehículo fue a salir de la sala. Le interceptaron el paso dos individuos armados.

—Muchacho, vete de nuevo a tu vehículo.

—¿Acaso me vais a impedir que salga?

—De aquí no puede salir nadie. Son órdenes.

—Bien, hombre, bien. Sólo quería dar un paseo...

Y dando media vuelta, desistió de su empeño.

En un corto plazo, todos los vehículos quedaron transformados, y los elevadores los posaron de nuevo en el suelo.

El capataz que les contrató, hizo acto de presencia, y les habló a todos:

—¡Atención! Seguid al vehículo que os preceda,

procurando pisar por el mismo sitio que lo haga el anterior. El camino que vamos a emprender es difícil y fatigoso. Os vais relevando en la dirección, pero sin entretener la caravana. Y ahora, en marcha.

Comenzaron a moverse, y una gran compuerta dejó al descubierto otro túnel, por el que se fueron introduciendo.

El comandante y sus compañeros ocupaban el sexto y último lugar de los vehículos que llevaban mercancía, y, cerrando la caravana, un vehículo extraño.

Como quiera que no les pasó por alto el que estuvieran manipulando en la cabina del vehículo, Albert sospechó y, nada más ponerse en marcha, una ligera inspección le confirmó que habían instalado un micrófono de alta sensibilidad para captar sus conversaciones.

Por señas, les hizo que se fijaran en aquel detalle para evitar cualquier palabra comprometedor.

Jake y Dick asintieron, y estuvieron hablando de cosas sin importancia.

Salieron a campo descubierto, ya en plena montaña, y ascendiendo.

Seguían por los carriles dejados por los vehículos que les precedían.

La función del vehículo extraño que cerraba la caravana, pronto quedó al descubierto.

Por mediación de un mecanismo especial, iba removiendo tierra y piedras, de tal forma que cualquier huella que dejaran los vehículos quedaba borrada, como si por allí no hubiera pasado nadie.

Una densa niebla se fue formando, permitiéndoles solamente divisar al que les precedía.

El ascenso era lento y penoso, debido al estado del terreno y, sin detenerse en la marcha, se fueron turnando en la dirección del transporte.

Por algunos claros, que esporádicamente se originaban, Albert reconoció la panorámica del lugar, aquélla, precisamente, donde él descubrió la existencia de un vehículo.

Inesperadamente, se oyó un gran estruendo y gritos de terror.

La caravana se detuvo, y el capataz pasó por el lado de ellos.

Albert preguntó:

—¿Qué pasa?

—Seguramente que algún imbécil se ha despeñado, con vehículo y todo. ¡Maldita sea...!

Albert y Dick se apearon, con la sana intención de prestar el auxilio necesario.

Fueron tras el capataz y, en efecto, un vehículo había derrapado, y estaba inclinado peligrosamente al borde de un abismo.

Parte de la carga se había precipitado sobre la cabina, y sus ocupantes estaban atrapados en ella, soltando ayes de dolor.

Albert, Dick y otros se aproximaron para salvar a aquellos infelices, pero la voz encolerizada del capataz les detuvo:

—¡Quietos...! No os aproximéis a esos idiotas. Si hubieran seguido las instrucciones, no les hubiese pasado esto.

El capataz, furioso, colocó una carga explosiva en el vehículo, y Albert, adivinando sus intenciones, le increpó:

—¡Deténgase...! No hay derecho a sacrificar tres vidas humanas. Con la ayuda de todos, se les puede salvar.

—¡Silencio y a obedecer! ¿O acaso quieres seguir el mismo camino que ellos?

Los gritos de los muchachos atrapados en la cabina, ponían los pelos de punta.

Albert hizo otra tentativa:

—Pero se les puede sacar de ahí, y luego volar el vehículo.

—¿Quién es el que manda aquí? He dicho que quietos, todos.

Con la fiera reflejada en su rostro, y empuñando un arma, hizo retroceder a los que se habían ido acercando para prestar auxilio a aquellos pobres infelices.

El capataz vociferó de nuevo:

—¡Atrás, si no queréis volar también! .

Tuvieron que retirarse y, a poco/ se produjo una explosión, dejándose de oír los lamentos. En el fondo del abismo, el retumbar de la caída del vehículo, con todo lo que arrastró tras sí.

El capataz, con toda tranquilidad, como si allí no hubiera pasado nada, les ordenó:

—A proseguir la marcha. Ya hemos perdido mucho tiempo, y que os sirva de escarmiento. La pérdida de una mercancía lleva consigo la pérdida de la misma vida.

Reanudaron el ascenso y, a poco, la pendiente cesó para rodar por un camino más llano.

A derecha e izquierda se alzaban altas paredes de rocas, y anduvieron entre aquel desfiladero, para más tarde ir ensanchándose.

La niebla que les envolvía se fue aclarando, y entonces Albert y sus compañeros pudieron apreciar que aquello era producido artificialmente, puesto que descubrieron determinados puntos por los que, como chimeneas, iba manando más concentrada.

Albert recordó que, desde la altura, apenas si se podía ver aquella región, y ahora tenía la explicación del motivo.

Por fin llegaron a una amplia explanada, rodeada de montañas, en donde hicieron alto.

Con los ojos muy abiertos, para no perderse detalle, los tres amigos permanecían en la cabina, esperando no sabían qué.

Aquel lugar parecía deshabitado, puesto que, por el momento, no había nadie más que los componentes de la caravana.

El capataz se dirigió hacia uno de los laterales y, cuando se aproximaba a la pared, ésta se abrió, dejando una amplia abertura.

Un hombre armado y con una vestimenta rara, estuvo hablando con el recién llegado.

Al cabo de un momento, otras aberturas se originaron en la roca.

El capataz indicó que entraran los vehículos.

Cuando estuvieron en el interior, quedaron maravillados. Aquello era una gran factoría de

fundición y transformación, equipada con los más modernos elementos y técnicas.

Desde luego, jamás hubieran podido sospechar la existencia de aquel complejo industrial, y menos, donde estaba enclavado.

Al poco rato de hallarse allí, los vehículos ya estaban descargados y la mercancía llevada hasta lo que parecían hornos de fundición.

Luego, les hicieron pasar a otra nave, de dimensiones más considerables, donde pudieron ver estacionadas unas astronaves en las que introducían bultos bastante pesados, a juzgar por el esfuerzo que tenían que hacer los hombres que los manejaban.

Un individuo, que iba armado, les llamó la atención:

—¡Eh, vosotros tres! Ayudad a transportar estos bultos a la nave.

Jake iba a protestar, pero Albert le dio un codazo, y se le adelantó, diciendo: —Sí, vamos en seguida.

Hizo una seña a Jake y Dick, y se apearon del vehículo, dirigiéndose hacia donde estaba almacenada la mercancía, en sus correspondientes cajas.

Cogieron una cada uno y comprobaron que, en efecto, aquello pesaba bastante.

Una vez dentro de la astronave, como sabían su distribución, por conocer el tipo, en vez de ir al lugar donde se depositaba la mercancía, como no había por allí nadie de vigilancia, se dirigieron a otro compartimento.

Albert dijo:

—Tú, Jake, vigila ahí en la puerta de entrada,

mientras Dick y yo trataremos de averiguar el contenido de esta caja.

—De acuerdo.

Así lo hicieron y, tras ímprobos esfuerzos, lograron destapar la caja.

Quedaron extrañados. Contenía media docena de barras cilíndricas de unos cuarenta centímetros de longitud por diez de diámetro.

El material parecía un compuesto de hierro. — ¿Para qué utilizarán esto, Albert?

—No lo sé, Dick. Pero me llevo una barra.

El comandante se la escondió entre el ropaje. Cerraron la caja de nuevo y, como si allí no hubiera pasado nada, la depositaron junto a las otras.

El comandante les advirtió:

—Vosotros seguid llevando cajas, mientras yo trataré de dejar la barra en nuestro vehículo.

Los dos capitanes prosiguieron en la tarea, mientras que él, procurando no ser visto, fue a desprenderse de aquello que había usurpado.

Momentos después, se reunió de nuevo con ellos, y así estuvieron llevando bultos hasta que les dijeron que ya había bastantes. Jake se lamentó:

—Menos mal; de lo contrario, termino para el arrastre.

—Y yo —confirmó Dick.

—Pues lo siento, muchachos, porque por ahí viene el capataz, en plan de mandar trabajo.

Albert no se equivocó en su apreciación y, a poco escucharon:

—Todos a sus puestos. Vamos a regresar. El

comandante manifestó: —¿No os lo decía yo...?

Pero a punto de iniciar la marcha, un zumbido, que iba en aumento, se dejó escuchar, y entonces el capataz dijo que esperaran.

Como sospecharon, el zumbido procedía de una nave y, a poco, aterrizó.

Dos personajes hicieron acto de presencia. Su aspecto no ofrecía confianza. A éstos' se les unió el capataz, que mostraba una sonrisa siniestra.

Esperaron en medio de la gran sala, aquélla que hacía también las funciones de hangar.

De la nave recién llegada bajaron un anciano y dos muchachos, que daban escolta al primero.

Intercambiaron unos saludos fríos y unas palabras. Luego, el capataz les ordenó que llevaran a bordo de aquella nave, recién llegada, cincuenta cajas de aquéllas.

Mientras, aquella conversación iba subiendo de tono, tomando visos de disputa.

El anciano, más calmado, les decía:

—El precio que nos hacéis pagar es abusivo. Se os ha dado todo lo que habéis pedido.

—Pero vosotros sabéis que la mercancía es vital para la supervivencia. Allí en vuestro planeta no tenéis hierro.

Albert estaba con un palmo de oreja para captar cuanto decían aquellos personajes.

—Sí, en efecto, es vital. Pero el exigirnos, aparte de piedras preciosas, la contribución de doncellas...

—De no estar conformes, suspendemos el cargamento. ¿Las traéis o no?

El anciano, con marcada pena, suspiró resignado, contestando:

—Las traemos... En la astronave están.

—Pues ¿qué esperas para entregárnoslas? —preguntó, iracundo, brillándole los ojos por la manifiesta lujuria de que se veía poseído.

Uno de los jóvenes que escoltaban al anciano, tomó la palabra, y contestó con tono subido:

—Estamos escarmentados de vuestras trampas, y no será hasta que toda la mercancía esté a bordo.

Mientras, las cajas se iban depositando en la astronave.

El que parecía el jefe de aquellos dos que salieron a recibirles, junto al capataz, que hasta entonces fue el que habló, se encaró con el muchacho:

—Ahora mismo vas a retirar lo que has dicho... No estás en condiciones de exigir...

—No tengo por qué retirarlo, pues es la verdad.

La discusión iba subiendo de tono, y Albert le dijo a Jake y a Dick:

—Estad preparados y disponeros a actuar, en cuanto yo os lo diga. Se nos presenta una solución magnífica, que tenemos que aprovechar.

CAPITULO XI

Tal como imaginó Albert, sucedió.

La discusión fue subiendo de tono, intervino el otro joven, el capataz, el que salió a recibirles, y que hasta aquel momento estuvo callado; de un momento a otro, se presumía que iban a llegar a las manos.

El anciano era el único que quería restablecer la paz.

El que parecía el jefe, fuera de sí, sacó un arma y gritó:

—¡Basta ya...! Ahora os vais a quedar sin nada, sin mercancía y sin doncellas.

El joven primero también sacó un arma, y sonaron unos disparos.

El segundo joven arremetió a puñetazo limpio contra ellos, quienes repelieron la agresión.

El anciano estaba desplomado en el suelo, sangrando, y los dos jóvenes lo estaban pasando muy mal, a manos de aquellos forajidos.

Albert les dijo:

—¡Ahora...!

El comandante se fue directamente al capataz, a quien se la tenía prometida, a partir de aquel momento en que sacrificó inútilmente la vida de aquellos tres muchachos, al derrapar su vehículo.

La sorpresa fue enorme para aquéllos, que no esperaban el ataque.

Albert, de sendos directos, derribó al capataz. Jake y Dick dieron buena cuenta de aquellos dos que salieron a recibir a los recién llegados.

El anciano y los dos jóvenes yacían en el suelo, éstos dos sin conocimiento, a consecuencia de los golpes recibidos.

El comandante les dijo a sus compañeros:

—¡Rápido! Llevemos al anciano y a los muchachos a la astronave.

Se cargaron al hombro los cuerpos exangües y,

corriendo, los depositaron en el interior de la astronave.

Sólo dejarlos, Albert les gritó:

—Vamos por los otros; hay que traerlos también e inmovilizarlos.

En veloz carrera, se dirigieron adonde todavía estaban tumbados los demás, que ya daban síntomas de recuperación.

Sendos golpes bastaron para que siguieran en su sueño artificial y, como sacos, fueron transportados a bordo de la astronave.

Todo había sucedido muy rápidamente, tanto, que dejó paralizados a los demás conductores de los vehículos.

Pero el jaleo llegó a oídos de la guardia, cuyos elementos hicieron acto de presencia en el lugar y, al apercibirse de que se estaban llevando a sus jefes, comenzaron a disparar.

Dick fue alcanzado ligeramente, y Albert tuvo que ayudarle para introducirlo en la nave, junto al que llevaba en los hombros, y cerrar la escotilla inmediatamente.

Acto seguido, el comandante se fue hacia la cabina de mando, y puso en marcha los motores.

Los proyectiles rebotaron por doquier, en el armazón de la astronave.

Cortándoles la salida, se había emplazado un pelotón de hombres armados, dispuestos a no dejarles pasar.

Albert no se detuvo ante aquel peligro, y la astronave, dando casi un salto, por el impulso de

aceleración a que fue sometida, arremetió contra aquel grupo, y la mayoría rodaron por los suelos.

Una vez en el espacio libre, los impulsores verticales funcionaron a todo rendimiento y, en un abrir y cerrar de ojos, salieron de aquella zona peligrosa y, más tarde, de aquella niebla artificial que les envolvía.

Mientras, Albert y Dick no permanecieron inactivos. Se encargaron de que los dos personajes que fueron a recibir a los recién llegados, y el capataz, quedaran bien sujetos y sin posibilidades de molestar.

—Luego, atendieron al anciano, al que le practicaron la primera cura.

La herida era de gravedad, pero tenían la esperanza de llegar a tiempo a la base para alejar todo peligro.

Los dos jóvenes fueron recuperando el conocimiento y, al ver a Dick y a Albert, una interrogante se plasmó en sus ojos.

Dick les tranquilizó:

—Nada teman. Están a salvo.

Uno de ellos preguntó, aún con brumas en su mente:

—¿Y nuestro jefe...? ¿Y las doncellas...?

—Su jefe está aquí, le han herido. En cuanto a las doncellas, no sabemos nada.

El otro joven se levantó y, al darse cuenta de que estaban por los aires, preguntó, extrañado:

—¿Quién pilota la astronave?

Jake le aclaró:

—Nuestro comandante.

El joven se sacudió la cabeza, para manifestar luego:

—No comprendo... ¿Qué ha pasado? ¿Quiénes son ustedes?

—Cuando se despeje un poco más, le explicaremos qué ha pasado. En cuanto a la segunda pregunta, bástale saber que somos amigos.

Al anciano lo acomodaron convenientemente, y los dos jóvenes, ya completamente despejados, se aproximaron a su jefe y, con respeto, le preguntaron:

—Señor..., señor..., ¿cómo se encuentra?

—Un poco fatigado, hijos míos... ¿Y las muchachas...?

—¡Ah, las muchachas...! No han salido de la astronave, señor.

El anciano pareció esbozar una sonrisa de satisfacción, y perdió el conocimiento.

Jake y Dick se miraron, y el primero les preguntó a los jóvenes:

—¿Es que hay muchachas a bordo?

—Sí, señor. Las que nos exigían, además del precio estipulado por la mercancía. Vengan y las verán.

Un joven se quedó junto al anciano, y los dos capitanes siguieron al otro hacia un piso inferior de la astronave.

Abrió una puerta blindada y, ocupando sus asientos, habían diez hermosas jóvenes en cuyos rostros, al ver a los visitantes, se reflejó el terror.

El joven que les acompañaba, les aclaró:

—No temáis, son amigos y, por lo tanto, no seréis entregadas a esos facinerosos.

Las muchachas casi lloraron de alegría, y se levantaron para ver más de cerca a Jake y a Dick.

Ellos quedaron maravillados ante la extraña belleza de aquellas jóvenes, y correspondieron con una sonrisa a sus muestras de gratitud.

Mientras tanto, el comandante Albert Hegel, una vez tomada altura, enfiló la nave rumbo a la base de Riversun.

La astronave fue detectada por una de las patrullas de vigilancia, quien pidió la identificación correspondiente.

Albert contestó con la clave por la cual se identificaban, y añadió:

—Soy el comandante de la patrulla especial de mando. Mantengan en estrecha vigilancia esta zona, y recabe la ayuda de otras patrullas, si descubren algo.

—A la orden, señor.

En aquellos momentos apareció en la cabina de mando uno de los muchachos quien, al mirar la pantalla, advirtió, alarmado:

—Nos están siguiendo, señor.

—No tema, es una patrulla de vigilancia amiga. Y bien... ¿Ya han despertado de su sueño?

—Sí, señor. Le estamos muy agradecidos...

—¡Bah! No tiene importancia. ¿Cómo sigue el señor mayor?

—Dentro de la gravedad, su estado es estacionario.

—Procuraremos llegar cuanto antes a la base para que le atiendan convenientemente.

—¿Nos llevan prisioneros?

—Ni mucho menos. En realidad, a nosotros

quienes nos interesan son los que están maniatados.

—Así ¿podremos irnos cuando queramos?

—Una vez aclaradas las cosas, y si no tienen nada que ver con estos forajidos que llevamos a bordo, no habrá impedimento alguno.

—Gracias, señor. Es lo que quería saber.

—¿Por dónde andan mis compañeros?

—Han ido a visitar a las muchachas.

—¡Cuernos...! Sí que se necesita frescura...

—¿Cómo dice, señor?

—Bueno, no me haga caso. Es una expresión mía.

—¿Quiere que me haga cargo de la astronave, y va con ellos?

Albert le miró, un poco receloso, y el joven pareció comprender, aclarándole:

—No voy a tratar de desviarme de la ruta que lleva, señor. El anciano herido es mi padre, además de nuestro jefe. Quiero llegar cuanto antes adonde usted ha dicho para que le atiendan.

Albert correspondió con nobleza a aquella aclaración:

—Perdone mi síntoma de desconfianza, pero póngase en mi sitio...

—Señor, le comprendo perfectamente. No tiene por qué excusarse, cuando somos nosotros los que tenemos que estarles agradecidos.

El muchacho se hizo cargo de la astronave, y el comandante le indicó:

—Siga el rumbo fijado. Si se presenta alguna novedad, me avisa en seguida. De todos modos, volveré cuanto antes.

—Así lo haré.

Albert, primero que todo, se fue a ver al anciano.

A éste lo encontró más animado. Había recobrado el conocimiento de nuevo, y parecía más tranquilo.

Quiso hablar, pero el comandante se lo impidió:

—No diga nada, señor. Pronto llegaremos a la base, en donde se le podrá dar toda clase de cuidados.

El otro muchacho permanecía al lado del herido para atenderle.

Luego de darle unos golpecitos al hombro, Albert se dirigió hacia donde estaban las jóvenes.

Las encontró departiendo alegremente con sus compañeros, quienes, al verle aparecer, presentaron:

—Nuestro comandante y jefe, a quien directamente deben el rescate de quienes las querían para ellos.

Las muchachas le sonrieron, agradecidas, y él correspondió con una inclinación de cabeza, a modo de saludo general.

También quedó gratamente sorprendido por la belleza de aquellas criaturas, que resultaban muy agradables, aunque, eso sí, sin tener punto de comparación con la hermosura de Sadie. " .

Estas muchachas eran más bien bajitas, proporcionadas, pero daba la impresión que el desarrollo no se había efectuado del todo en ellas.

Dirigiéndose a ellas, se excusó:

—Deben perdonarme que les prive de la compañía de mis compañeros, pero les voy a necesitar, puesto que estamos a punto de llegar a nuestro destino. Ustedes, por favor, permanezcan donde están.

Y dirigiéndose a Jake y a Dick, a quienes parecía

no agradecerles mucho abandonar tan grata compañía, les invitó: —¿Vamos...?

Le miraron, y casi al unísono, contestaron con marcado malhumor:

—Sí, señor. ' - "

Dejó que pasaran y, por último, salió él, no sin antes hacer una inclinación de cabeza, a modo de despedida.

Las jovencitas correspondieron con una amplia sonrisa.

Una vez quedaron a solas, Albert les increpó: ,

—Desde luego que sois un par de carotas. Yo, bregando con la nave para que los señores lleguen a feliz término, y ellos entretenidos como un par de gallitos entre hermosas gallinitas... . '

—Nosotros, lo único que hacíamos era consolarlas para que se les pasara el susto...

Se justificó Jáke, a lo que Albert le replicó: —Ya veremos cuando Mary sepa que su pajarito estaba departiendo con una bandada de pajaritas, encontradas en el aire.

—Tú no harás eso, Albert. Siempre hemos sido buenos amigos, y esto sería una mala faena. Aunque no lo parezca, ella es muy celosa, y es capaz de cualquier cosa.

Dick estaba disfrutando de lo lindo, viendo los apuros que estaba haciendo pasar el comandante a Jake, pero a éste también le tocó el turno:

—Y a ti, Dick, ¿no te da vergüenza? Me parece que tendrás que emular a Romeo para justificar tu infidelidad ante Kate.

—Nosotros no hemos hecho nada, no tienes pruebas de ello.

—Pero si poníais los dos una cara de alelados que sólo faltaba que os cayera la baba...

Siguieron al comandante, y fueron a ver cómo estaban los prisioneros.

Estos permanecían en los lugares que les habían dejado, separados unos de otros, y sujetos de pies y manos a unos barrotes del armazón de la astronave.

Les miraron con odio, y uno de ellos manifestó:

—Esto que habéis hecho os costará caro. Tendréis que suplicarme de rodillas que os dé muerte.

Albert le miró, despectivo, y ni se molestó en contestarle. Luego que se cercioró de que las ligaduras estaban en orden, se dirigió a la cabina de mando para hacerse cargo de la astronave, y efectuar el aterrizaje en la base, ya que faltaba muy poco por llegar.

CAPITULO XII

En la base de Riversun se habían tomado toda clase de precauciones y, más concretamente en el hangar número tres, donde iría a aterrizar el comandante Albert Hegel

El general George Decker se consumía de impaciencia por ver llegar a sus muchachos, y que le pusieran al corriente, con profusión de detalles.

Además de la guardia correspondiente, había también montado un equipo quirúrgico móvil, por si era necesario intervenir inmediatamente al herido que llevaban a bordo.

Todas estas medidas se adoptaron por orden del jefe de la base, inmediatamente después que recibió la comunicación del comandante.

La astronave ya se divisaba y, con majestuosa suavidad, fue descendiendo verticalmente frente al hangar número tres, para luego introducirse en el mismo.

El comandante Albert Hegel y los capitanes, Jake Clark y Dick Fuller, aparecieron ante el general, con una indumentaria que no correspondía a su categoría, puesto que todavía llevaban la que les sirviera para solicitar trabajo.

El general les recibió con el beneplácito del padre que ve aparecer a sus hijos, tras una larga ausencia.

Dejando aparte el protocolo de la disciplina militar, les abrazó, gozoso.

Inmediatamente, se ocuparon del anciano herido, al que trasladaron al hospital de la base, junto con los dos jóvenes, que no quisieron separarse de él.

En cuanto a las muchachas, fueron debidamente atendidas por el personal femenino.

Referente a los prisioneros, fueron conducidos a buen recaudo, en celdas especiales y fuertemente custodiados, para ser sometidos posteriormente a los interrogatorios pertinentes.

De la mercancía que llevaban a bordo, unas muestras fueron mandadas al laboratorio para su estudio.

Después que hubieron concluido con todos estos menesteres, se dirigieron al despacho del general para rendir cuentas de todas sus andanzas.

El jefe de la base no perdía palabra de cuanto le expusieron, y en más de una ocasión les felicitó, sobre todo a Albert, por su acertada idea de investigar en el lugar mismo donde descubrió aquel vehículo en su incursión.

Llegaron al momento de la aparición de la astronave. Albert tenía la palabra:

—Habíamos ocultado en el vehículo una muestra de aquello que cargamos, y ya nos disponíamos a partir, cuando dieron contraorden al aterrizar una astronave, reclutándonos de nuevo para su carga.

Luego se extendió en la entrevista poco amistosa que sostuvieron, y continuó:

—Entonces sospeché que la ocasión se nos podía presentar, dado que aquella discusión iba a más, y advertí a Clark y Fuller que estuvieran preparados para secundarme, en caso necesario.

—Y así fue, señor. El follón se organizó, y nos lanzamos sobre ellos, a indicación de Albert... Perdón, del comandante.

El general ni siquiera se dio cuenta de aquella familiaridad de Jake, o si se la dio, no le concedió la menor importancia.

Albert tomó de nuevo la palabra:

—Vislumbré que, si aquello nos salía bien, teníamos la oportunidad de apresar a los responsables de aquel tinglado o, por lo menos, los que hasta aquel momento habían dado la cara; la posibilidad de llevarnos con nosotros la mercancía transformada; el poder averiguar quiénes eran los de la nave visitante, y qué relación pudieran tener con los que habían ido a

visitar y, por último, contar con un medio rápido para salir de allí.

—Muy bien pensado y planeado, Albert. Te felicito de corazón.

—No solamente se debe a mí el éxito, señor. Sin mis compañeros, no hubiera sido posible.

—Diga que no, señor. Al comandante le corresponde toda la gloria —expuso Dick.

—Bueno, dejémoslo a todos por igual —cortó el general, para preguntar a continuación—: ¿Habéis averiguado de dónde proceden los propietarios de la astronave con la que habéis venido?

—Mantuve un largo coloquio con uno de los muchachos. Procede del planeta Nolispe, perteneciente a la convecina galaxia.

—¿Y cómo han venido a parar a nuestro planeta?

—Según me ha manifestado, su planeta carece de hierro, y esto es vital para ellos, ya que éste y sus derivados los precisan para construcción, abonos y, lo que es más importante, medicamentos ferruginosos, sin los cuales morirían la mayor parte de sus habitantes.

—¿Es que no tienen minas?

—Carecen por completo de ellas. Y lo que en un principio fueron honrados comerciantes, con quienes trataron los suministros, luego fueron más exigentes, hasta llegar al colmo de pedir, además del pago excesivo, la entrega de diez doncellas por cada remesa de esencia de hierro, o sea las barras que embarcaban.

—¡Qué barbaridad...! ¿Y cómo han consentido estos tratos, que nos remontan a épocas bárbaras de la

historia?

—Esta misma pregunta se la he hecho yo, señor. Pero su contestación, aunque lamentable, tiene su lógica. De no acceder a las exigencias de sus proveedores, la mortandad era general. Así, al menos, el sacrificio de diez criaturas aseguraba la vivencia de los demás habitantes, durante un período.

—De todos modos, no deja de ser una atrocidad.

Manifestó el general, a tiempo que se sacudía la cabeza, como si espantara una mosca.

Al cabo de un poco, cómo siguiendo el hilo de sus pensamientos, manifestó:

—Y otra cosa... ¿Por qué no recurren a otros de su galaxia, para que les concedan el suministro honradamente?

—Porque los pocos yacimientos existentes, de donde podían sacar la materia prima, ya se extinguieron, o los que quedan los quieren para ellos mismos, y los defienden con su vida.

—Claro y, por lo tanto, han tenido que recurrir a desaprensivos. ¿No es eso?

—Exacto, señor.

—¿Y por qué han tenido que afincarse esos individuos en nuestro planeta?

—Deduzco, señor, que han descubierto un lugar idóneo para su productivo negocio, puesto que lo que nos sobra es precisamente chatarra.

—Otra pregunta. ¿Qué relación puede tener todo esto con la destrucción de bases e incluso ciudades?

—La única relación lógica que alcanzo a ver es que, con las destrucciones, se aumentan las reservas de

chatarra y, por lo tanto, a mayor producción, mayor venta.

El general se quedó mirando al comandante, y manifestó :

—Pues, Albert, puede que hayas dado con el enigma de la cuestión. Después de cuanto me has dicho, no me cabe la menor duda de que es el fin que persiguen.

La conferencia todavía se prolongó sobre cuestiones aclaratorias de lo que ya habían tratado y, posteriormente, sobre el plan de operaciones para ocupar aquella factoría, y la destrucción de las naves que llevaban a efecto aquellos ataques devastadores.

Después de llegar a su alojamiento y cambiarse de indumentaria, Albert se disponía a salir de nuevo para ir a interesarse por el estado en que se hallaba el anciano, cuando recibió una llamada.

—Albert, soy Sadie.

—¡Ah...! Dime, dime...

Su sorpresa fue enorme cuando, en vez de escuchar la voz de su amada, fue la de un hombre, quien le dijo:

—Comandante. Si quiere encontrar con vida a su chica, y que su base no sea arrasada conjuntamente con otras, debe entregarnos a los tres prisioneros que usted capturó.

Albert se quedó paralizado y, para ganar tiempo, adujo:

—Los prisioneros no están bajo mi jurisdicción. Yo no puedo entregarlos...

—Si a medianoche no los entrega en la playa que hay frente al club Rome, allí encontrará el cadáver de

la muchacha. ¡Ah! Debe venir usted solo, acompañado de los tres prisioneros. Si trata de apostar gente a su alrededor, igualmente se dará muerte a su bella novia.

Y acto seguido, cortaron la comunicación.

—¡Oiga! ¡Oiga...! ¡Malditos cobardes...!

En el momento de volverse, vio que allí estaba el hijo del anciano, que iba a visitarle para expresarle las gracias.

Al notar su estado de excitación, le preguntó:

—¿Le sucede algo, señor?

No se pudo contener, y contestó:

—Que esos canallas tienen de rehén a mi novia, y me han amenazado con darle muerte, si no entrego a los prisioneros...

El muchacho, sin dudarle un momento, le expuso:

—Puede disponer de mi compañero y de mí para lo que sea. Le debemos la vida y la de los nuestros. Gracias a usted, mi padre está fuera de peligro, y es justo corresponder a quien se ha expuesto por nosotros.

—Gracias, gracias... Es muy de agradecer su ofrecimiento, pero...

El rostro de Albert se iluminó y, como a quien se le ocurre una idea momentánea, exclamó :

—¡Ya está...! Sí, claro, esto puede dar resultado... Acepto su ofrecimiento, muchacho. Venga conmigo.

En unos alojamientos próximos al suyo, estaban Jake y Dick, a los que dijo:

—Vamos a entrevistarnos con el general. Han sucedido novedades.

—Pero, hombre, ahora que nos disponíamos...

—Dejaros de monsergas. Es una orden. Sus compañeros nunca le habían visto en aquel estado de excitación y, mucho menos, valerse de su rango para que le obedecieran.

En silencio, le siguieron por los pasillos, y más bien parecía una marcha gimnástica que andar normalmente.

El tenía libre acceso a las dependencias del general, sin tener que solicitar audiencia.

—¿Qué pasa, Albert? Te veo muy acalorado.

—Señor, esos canallas han dado señales de vida.

—¿Qué ha sucedido?

Albert le explicó la conversación mantenida, y todos quedaron consternados, por la suerte que pudiera correr Sadie.

El general dijo:

—No se han dormido, desde luego... No habrá más remedio que entregarlos.

—Señor, se me ha ocurrido un plan, que puede dar un resultado apetecido, con la colaboración de este muchacho, que es el hijo del anciano herido del planeta Nolispe.

Entonces, el general reparó con él, y manifestó:

—Tanto gusto. ¿Cómo sigue su padre?

—Fuera de peligro, gracias a ustedes.

El general, mirando de nuevo a Albert, le invitó:

—Bien, expón el plan que has urdido y, si es factible, cuenta con mi aprobación. Pero antes que todo, ¿te has asegurado de que tu novia no está en casa?

—No.

—Pues ¿a qué esperas?

La llamó, y una voz contestó:

—No, no está. Han venido a buscarla dos compañeros del comandante Hegel.

—¿Quién es usted, señora?

—Soy su madre. ¿Y usted?

—El comandante Hegel...

—¿Sucedo algo?

—No, no se preocupe. Si tardamos un poco, no pase pena. Es que tenemos una reunión...

Y tras despedirse, cortó la comunicación, diciendo a Albert:

—Desgraciadamente, ya no me cabe la menor duda de que es cierto que la tienen en su poder. Mi plan es, primero que todo, redoblar las patrullas de vigilancia, y después...

Fue exponiendo lo que había pensado, y al final, el general manifestó:

—Me parece muy bien cuanto has dicho, y no estaría de más que te llevaras un piquete de apoyo.

—Perdone, señor. Es de esperar que tendrán establecida su vigilancia, y han fijado la condición de que vaya solo con los tres prisioneros. Nosotros nos bastaremos para solucionar la cuestión.

—De acuerdo... Dios quiera que no tenga que arrepentirme de dar mi consentimiento ante idea tan descabellada.

—Todo saldrá bien, señor.

—Es la única esperanza que me queda, pero hasta que todo no se haya resuelto, no estaré tranquilo.

CAPITULO XIII

Las celdas de seguridad donde se hallaban los prisioneros, estaban muy concurridas, aunque ni el mismo centinela, apostado fuera de ella, estaba enterado.

Por unos pasadizos secretos, el comandante, los dos capitanes y el muchacho, habían llegado hasta la misma.

Los prisioneros allí confinados, fueron trasladados a otra celda, a prueba de ruidos, y, una vez en ella, el comandante Albert Hegel les ordenó:

—Despojaros de todo el atuendo que lleváis, y poneros ese otro.

Les dio unos uniformes de tropa para sustituir a la ropa que llevaban.

En un principio, se resistieron, pero no tuvieron más remedio que doblegarse a las exigencias del comandante.

Jake y el muchacho se pusieron las ropas de aquellos dos que salieron a recibir a la nave de Nolispe, y Dick, la que llevaba el capataz.

Una vez ya con el ropaje sustituido, Jake, Dick y el muchacho fueron a ocupar la celda que ocupaban en un principio los prisioneros, y los auténticos quedaron en aquélla, a prueba de ruidos.

El comandante abandonó el lugar, por los pasadizos secretos.

A las; once en punto, el comandante Albert Hegel, acompañado del oficial de guardia, a quien le había mostrado una orden expresa del general para hacerse

cargo de los prisioneros, se presentaba ante la celda, que fue abierta por el mismo oficial de guardia.

Ayudado por éste y dos números, los prisioneros fueron esposados y vendados los ojos.

Luego los escoltaron hasta un vehículo de la base y, una vez acomodados, el comandante se fue con ellos.

Una vez fuera de la base, Albert comentó:

—Bueno, me parece que las cosas las hemos hecho bien y, de tener algún espía, a estas horas estarán enterados de que vamos, mejor dicho, voy solo con los prisioneros.

—Desde luego, estás en todos los detalles, Albert. ¿Y por qué no nos quitas las esposas y la venda? Eso de ir sin saber por dónde, me pone nervioso.

—Un poco de paciencia, Dick. Ignoramos si nos siguen; si paro, puede dar lugar a sospechas, y todo el plan se irá al traste.

—Tienes razón, Albert.

—Lo tengo todo previsto, no podemos entretenernos. En cuanto lleguemos, antes de bajar, os abriré las esposas, pero mucho cuidado de que no se os caigan.

—Por la cuenta que nos tiene... De descubrir el engaño a tiempo, supongo que no nos obsequiarán con golosinas.

—Desde luego, Dick, me espanta tu clarividencia. Vas a dejar maravillado a nuestro invitado. ¿Verdad, muchacho?

El aludido, siguiendo la broma, contestó:

—Por supuesto.

Llegaron al punto donde debían de apearse. El momento crucial se iba a producir.

Albert abrió las cerraduras de las esposas, y luego, con voz brusca, les ordenó:

—Caminad juntos delante de mí.

Dieron unos pasos, y Albert les advirtió:

—Cuidado ahí, que hay un poco de desnivel. No os vayáis a romper las narices.

Con tiento, salvaron el desnivel, y ya pisaban la arena de la playa.

—Adelante y recto.

Siguió guiándoles Albert y, en voz alta, para que fuera oído por los que estaban esperando.

En la playa existía cierta claridad; no era una noche cerrada.

A lo lejos distinguió unas sombras, que se iban aproximando a ellos.

Poco después, ya pudo definir que aquel grupo estaba formado por tres hombres y una mujer.

Bajando la voz, les dijo:

—Ya los tenemos ahí.

Cuando estuvieron a una distancia de cinco o seis pasos los que llevaban a Sadie, uno de ellos dijo:

—Alto, quietos ahí. Entrégnalos a nuestros hombres.

Albert les contestó:

—No iréis a creer que sea tan incauto, ¿verdad? En-tregadme primero a la señorita. Os advierto que a vuestros hombres los tengo esposados y vendados sus ojos. Una vez tenga conmigo a la señorita, entregaré las llaves a uno de ellos y, cuando nos hayamos

alejado, os podéis quedar con ellos.

El que habló en el grupo oponente, volvió a tomar la palabra:

—Me parece, comandante, que no te has dado cuenta de que estás en inferioridad de condiciones.

—Precisamente por pensar en ello, he tomado mis precauciones.

—¿Y si matamos a tu chica, y luego a ti?

—En tal caso, también sucumbirán vuestros hombres. Los tengo encañonados.

Parecieron deliberar un poco y, al cabo, dijo el portavoz del grupo:

—De acuerdo. Te mandamos a tu chica.

La tensión del momento estaba en su punto álgido.

En efecto, una silueta de mujer se fue aproximando a ellos y, a poco, Albert reconoció a Sadie, quien, momentos después, se abrazó a él. .

—¡Oh, Albert...! ¡Qué pesadilla...! ¡Huyamos, nos matarán...!

—Tranquilízate, querida. No harán tal cosa.

Y después, simulando que se sacaba algo de los bolsillos, manifestó:

—Aquí os dejo las llaves. Vuestros compinches os librarán de las esposas.

Y retrocediendo de lado para que vieran que vigilaba al grupo, y llevando a Sadie cogida por la cintura, se fue alejando.

A los pocos pasos, la muchacha gritó:

—¡Cuidado, Albert!

Dos sombras se les precipitaron encima, y sólo tuvo tiempo de dar un empujón a Sadie y propinar un

golpe al que iba por él.

Sadie conservó el equilibrio y, con admiración, Albert pudo ver la soltura conque iba propinando golpes de judo a aquel inesperado atacante.

Más tranquilo, al ver que Sadie se defendía sola, se dedicó de lleno al que le correspondía.

Los del grupo, que hasta entonces permanecieron en su sitio, corrieron para liberar a sus compañeros, y cuál fue su sorpresa al ver que Jake, Dick y el muchacho, desprendiéndose de la venda de sus ojos, les recibían no precisamente con un abrazo amistoso.

La lucha sorda se prolongó por unos segundos, y al final cuatro hombres yacían, inconscientes, en la arena. Uno de ellos había logrado huir.

De regreso hacia la base, Albert le dijo, jocosamente, a Sadie: —Supongo, querida que, para un futuro próximo, te olvidarás de tus artes de lucha. Al pobrecillo lo has dejado hecho un guiñapo, y no quisiera verme expuesto a tus habilidades...

Ella le sonrió, feliz, contestándole:

—Si no me das motivos...

* * *

La celda de seguridad se vio concurrida por cuatro nuevos inquilinos; los «liberadores frustrados», como los denominó, muy apropiadamente, Albert.

El comandante demostró tener buena psicología, y todo se desarrolló tal como había predicho.

El muchacho del planeta Nolispe no cabía en sí de

1 satisfacción, por haber podido ser útil a sus salvadores, como les decía.

La verdad es que luchó como un valiente y, aunque recibió lo suyo, redujo al que le tocó en turno.

Estaba amaneciendo, y todavía estaban comentando los acontecimientos, cuando de control llamaron al comandante, diciéndole:

—Comandante, un mensaje de la patrulla de vigilancia AB-304. Avistada nave sospechosa.

—Que no la pierdan de vista. Vamos para allá.

Se despidió rápidamente de Sadie, quien le recomendó tuviera cuidado y, momentos después, estaban por los aires el comandante y los dos capitanes.

En ellos se notaba la satisfacción de encontrarse en su medio ambiente.

Sus astronaves surcaban el espacio a la máxima velocidad que podían desarrollar sus potentes motores.

Albert estableció contacto directo con la patrulla de vigilancia:

—Patrulla especial de mando a patrulla AB-304. ¿Cómo va eso, muchachos?

—Seguimos controlando la astronave, aunque hay momentos que desaparece.

—En seguida estamos con vosotros.

—Llevan rumbo hacia nuestro astródromo.

—Avisé que lo desalojen. No sería extraño que intentaran atacarlo.

—A la orden.

Como ya fue característico en cuantas ocasiones se diviso a la astronave aquélla, el firmamento estaba

poblado de nubes.

Sin saber por qué, Albert asoció esta circunstancia a lo que vio cuando fueron con el transporte a aquella factoría. Allí también había un exceso de nubes, pero provocadas artificialmente.

En su pantalla ya habían aparecido las naves que constituían la patrulla de vigilancia, y otra de tamaño más grande.

Ya faltaba poco para darle alcance.

Una llamada de angustia de la patrulla AB-304 fue captada por ellos, en aquel instante:

—Patrulla especial de mando. Señor, la astronave ataca el astródromo...

En efecto, por uno de los claros se vio allá abajo grandes penachos de humo y explosiones.

Albert les ordenó:

—Centren el fuego sobre la astronave.

—Ya lo hemos hecho, pero desaparece tras una nube, y no conseguimos nada.

—Estamos ya en posición de ayudarles. ¡Ahí va!

En efecto, se vio la astronave con toda claridad, y la patrulla AB-304 se lanzó en picado.

Más, al momento, la astronave desapareció en una nube, e incluso de la pantalla de rastreo.

El jefe de la patrulla AB-304, desesperado, dijo:

—Nos vamos a meter en la nube; no puede escapar.

A Albert no le dio tiempo a impedirles que lo hicieran y, acto seguido, tres llamaradas se divisaron a través de aquella nube.

Albert llamó:

—Patrulla AB-304. ¿Qué ha pasado?

Repitió la llamada tres o cuatro veces, sin resultado alguno.

Jake dijo entonces:

—Albert, voy a ver lo que ha pasado,

—¡Quieto, Jake!

Dick dijo, en aquel momento:

—¿Por qué, Albert? Es el único medio de averiguar lo sucedido.

—Y de volar hechos pedazos por los aires, también. Seguidme en mis maniobras, y observad. Fijaros bien en las características de la nube donde se han originado las explosiones.

En efecto, difería en color, de las demás que la rodeaban.

Albert disparó un proyectil, y controló el tiempo, El resplandor, al estallar, se vio dentro de la nube.

—¿Os habéis fijado? —les preguntó.

—Sí. ¿Quieres decir que se oculta ahí dentro?

—Pudiera ser. Vamos a hacer otra prueba.

Las tres astronaves de la patrulla especial de vigilancia, se mantenían a la altura de aquella nube, y a una prudencial distancia.

Albert efectuó otro disparo, y el resultado fue idéntico,

Dick manifestó:

—Pero eso no puede ser; ya hubiera tenido que caer derribada.

—Eso sería lo normal. Deben tener un escudo protector y un campo magnético, que anula el sistema de nuestros mecanismos de rastreo, puesto que, por lo

menos yo, nada veo en la pantalla.

—Ni yo.

—Y yo tampoco.

—Por otra parte, fijaros que se mueve a gran velocidad. Luego se han dado cuenta de que les tenemos atrapados.

En efecto, cambiaban continuamente de posición, entre aquel enjambre de nubes, pero, por más que lo intentaban, no lograban zafarse de la vigilancia del comandante y sus camaradas.

El comandante Albert Hegel ordenó, en aquellos momentos :

—Preparad los proyectiles Clave X y, cuando os diga, dispararemos los tres.

Al cabo de un momento, comunicaban:

—Capitán Fuller a comandante. Preparado.

—Capitán Clark a comandante. Listo.

—¡Atención, atención...! ¡Ya!

Al instante, tres potentes estallidos se dejaron oír, y la nube aquélla se desgajó como una masa de algodón, dejando al descubierto una enorme astronave, en la que se fueron produciendo sucesivas explosiones para al final quedar totalmente desintegrada.

La nube de la muerte, como fue bautizada por los que sufrieron sus consecuencias, fue la tumba de los facinerosos que utilizaron aquel ingenio, en aras de la destrucción y el lucro.

El comandante Albert Hegel se limitó a transmitir:

—Comandante de la patrulla especial de mando, a base Riversun: Destruída la nube de la muerte.

MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE o si lo prefiere de UN MILLON DE PESETAS.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las

personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases,

ESCRIBA AQUÍ EL NÚMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE

1.º APELLIDO

2.º APELLIDO

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL
CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA
el cupón para participar en el sorteo.

PUEDA ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CU-
PONES QUE REUNA. ENVELOLOS ANTES DE LAS FECHAS
DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUÍ



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE

1.º APELLIDO

2.º APELLIDO

Añote su dirección:

CALLE N.º

POBLACION

PROVINCIA

NOVELA COMPRADA EN:

LIBRERIA O KIOSCO

CALLE N.º

POBLACION

PROVINCIA

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el
número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA